BRUGUERA

BOLSILIBROS

Oeste

HEROES PRADERA

Keith Luger

NO HAY SUPERVIVIENTES



BRUGUERA

BOLSILIBROS

Oeste

HEROES PRADERA

Keith Luger

NO HAY SUPERVIVIENTES





Keith

Luger

NO HAY SUPERVIVIENTE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 708
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 23.147 – 1983

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta colección: agosto, 1983
2.a edición en esta colección en América: febrero, 1984

favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles(N-152, Km
21,650) Barcelona - 1983

Esta novela está basada en un hecho histórico. El autor se ha limitado a imaginar cuáles fueron las circunstancias que concurrieron en la tragedia que culminó en un fuerte del territorio de Nuevo México.

Doy las gracias a míster Joseph T. Hale, empleado de la Biblioteca del

Congreso de Estados Unidos, sin cuya ayuda no habría podido hacer una reconstrucción que, en todo momento, deseé lo más fiel a la realidad.

Keith Luger

CAPÍTULO PRIMERO

— ¿Está todo preparado, teniente Evans?—preguntó el coronel Fred Manners, del 4.° de Caballería.

—Sí, señor... Nos acompañará el sargento Hamilton y los soldados Berton y Brook; además el explorador Chuck Connery.

— ¿Eligió usted a Connery, teniente?

—Sí, desde luego, señor.

—Es baja en esta misión.

—Pero, señor... Chuck Connery es amigo personal del jefe apache Mangas Coloradas, y yo pensé que usted querría tener su asesoramiento.

El coronel Fred Manners se levantó de detrás de la a. Era corpulento, de cuarenta y cinco años de edad, ello y bigote blancos. Se puso los brazos a la espalda, mientras miraba fijamente al rubio teniente Evans. —Teniente, ¿ha admitido siquiera por un momento que el jefe apache Mangas Coloradas se dispone a firmar la paz con nosotros?

Evans parpadeó. La pregunta lo había pillado desprevenido.

—Verá, coronel... Los apaches han luchado contra nosotros durante los últimos dos años. Les hemos dado duras lecciones... Han sufrido muchas bajas. Por cada soldado muerto, ellos han enterrado cinco guerreros.

—Sí, teniente, eso es muy cierto, y por eso Mangas Coloradas se encuentra en una situación muy crítica... ¿Y sabe lo que se le ha ocurrido a ese cochino apache...? Yo se lo diré, teniente. Va a cometer una

traición.

— ¿Cómo dice, teniente?

—Esto es una trampa, teniente Evans. ¿Cómo es posible que usted no haya podido vislumbrar...? Mangas Coloradas lo ha dispuesto todo para que ninguno de
nosotros regrese al Fuerte Riley... Nos acuchillarán, nos escalparán... Sí, teniente, no

vamos a una mesa de conferencias, sino a poner nuestros cuellos cerca de los cuchillos de los apaches.

—Pero, señor, ¿de dónde ha sacado eso?

—Teniente, no me gusta su pregunta.

—Perdón, señor, pero yo sólo quería conocer la fuente de su información.

El coronel dio unos pasos por la estancia. En un momento dado, se detuvo delante del teniente, en cuyos ojos verdosos clavó los suyos acerados.

—Está bien, teniente, lo va a saber. La noche pasada Ileso un apache al fuerte. Es un agente nuestro.

— ¿De la tribu de Mangas Coloradas señor?

—Naturalmente, y fue él quien me informó del plan de ese perro.

— ¿Cómo se llama ese apache, señor? Hubo una pausa.

—No puedo decírselo, teniente. Ese apache trabaja para mí, es un agente personal. Y no quiero que interprete estas palabras mías como muestra de que no
deposito mi confianza en usted. Todo lo contrario. Ya le he demostrado cuáles son mis sentimientos hacia usted al elegirlo para esta misión...

—Sí, mi coronel —el teniente titubeó—. ¿Quiere decir con eso, señor, que vamos a ir a la conferencia?

—Claro que iremos, pero Mangas Coloradas nos va a encontrar preparados. En resumen, teniente, que vamos a acabar con él de una vez por todas.

Evans frunció el ceño.

— ¿Sugiere... que vamos a matar a Mangas Coloradas?

—Sí, teniente.

—Pero, señor, eso sería ponernos a su misma altura.

—Estamos sosteniendo una doble guerra, teniente.

En este momento, la Unión está luchando en un plan de inferioridad con los
Estados Confederados, y nosotros no podemos ayudar a la Unión porque tenemos que hacer frente a una cochina guerra india... ¿Es

que no ha mirado el mapa, teniente? Ahí lo tiene sobre *>a* pared.

El teniente miró hacia el mapa de los Estados Unidos que había sobre el muro.

—Teniente, observe estas flechas rojas. Son dos columnas de confederados que avanzan sobre Texas.

—Sí, señor...

—El general Conway, nuestro superior, se apresta a hacerles frente, pero el enemigo es muy superior en fuerzas y el general Conway tendrá que dividir sus ya reducidas tropas para entablar dos batallas... Y le repito que no le podemos prestar ninguna ayuda hasta que hayamos pacificado a los apaches... Usted sabe perfectamente que sólo existe una forma de hacerlo. Si los apaches pierden a su hombre más prestigioso, Mangas Coloradas, se retirarán de la lucha. Bastará que dejemos un pequeño destacamento en Fuerte Riley para quitarle las ganas de pelea a cualquiera de esos demonios rojos que pretenda vengar a su jefe. Mañana mismo podré informar al general Conway que estoy a su disposición y listo para unir mis tropas a su propia columna, o a la 2.a, que va a salir al paso de los confederados... Y yo estoy seguro de que el general Conway lo utilizará para la guerra más importante, para aquella en la que se ventila el porvenir de nuestro país, ¿ha entendido bien, teniente?

—Sí, mi coronel... Pero, sigo pensando que sería... Evans se interrumpió.

—Continúe, teniente, se lo ordeno.

—Un crimen.

—Se equivoca. Matar a Mangas Coloradas será pura estrategia, y a usted le enseñaron en West Point en qué consiste esa disciplina. ¿Me equivoco, teniente?

—No, señor. Me lo enseñaron.

—Mangas Coloradas y unos cuantos de sus guerreros se disponen a matarnos a nosotros, pero no les dejaremos llevar a cabo tal crimen —repitió el coronel Manners la palabra de Evans, poniendo mucho énfasis—. Y para ello los vamos a ejecutar, ¿lo entiende, Evans? Sólo vamos a hacer eso. Ejecutar una sentencia de muerte contra unos asesinos.

—

Le

entiendo, señor.

Manners sonrió.

—No esperaba menos de usted, teniente. Por eso le dije que eligiese a los hombres más duros de este regimiento.

—Usted también sugirió sus nombres, señor. —Sí, es cierto. Pero no le dije nada acerca del explorador.

—Entendí que usted querría llevar al mejor. Y el mejor es Chuck Connery, señor.

—Sí, yo admiro mucho a Connery. Pero, dadas las circunstancias que usted ha señalado, de su amistad con Margas Coloradas, no es la persona más adecuada.

—Estoy con usted, señor.

—Chuck Connery será sustituido por Stanley Sullivan. Perdone, señor, pero Chuck Connery va está avisado.

—Se excedió usted, teniente.

—Lo siento, señor. Le repito que yo sólo quería interpretar adecuadamente sus órdenes.

—Bien, teniente. Ahora conoce ya mis órdenes exactas y, por tanto, Chuck Connery será relevado.

— ¿Y qué le digo, señor? Tal como están las cosas, si Connery se queda y viene Sullivan, cuando volvamos al fuerte y Chuck se entere de la muerte de Mangas Coloradas... Usted ya me entiende, quizá piense que...

—Que nosotros somos los traidores, ¿no es eso, teniente?

—Sí, señor.

—Está bien, teniente, acojo su idea. Nos libraremos de Connery de otro modo.

—El coronel permaneció pensativo unos instantes, pellizcándose el lóbulo de una oreja. Finalmente agrego—: Chuck Connery quedará en el fuerte bajo arresto.

—Pero, señor, ¿con qué motivo?

—Será muy fácil, teniente. Nuestro primer explorador, Chuck Connery, es un hombre muy peleón, ¿no le parece?

—Sí, señor.

—Estoy seguro de que usted encontrará el medio para que Connery sostenga una pelea más, que le permita a usted un arresto.

—Sabré arreglármelas, coronel.

—No lo dudo, teniente.

Evans hizo un saludo militar y, dando media vuelta, fue a salir del despacho.

—Ah, teniente.

Evans se volvió nuevamente.

—Señor...

—Si esto termina como yo espero, el Alto Mando recibirá un buen informe de usted. Seré concreto. Lo propondré.

—Gracias, mi coronel. Será mi mejor regalo de boda. Los ojos del coronel destellaron por un momento.

—Sí, teniente. Yo también opino igual. Será su mejor regalo de bodas. A propósito, ¿cómo está Joan...? No la he visto desde hace días.

—Muy bien, señor. Ha simpatizado con la esposa del capitán Gaynor y, poco a poco, se va acostumbrando al ambiente.

—Lo celebro. En confianza, creí que no se aclimataría tan pronto. Si me permite decirlo, la vi demasiado distinguida. Me alegro que hayan bastado un par de semanas desde su llegada para demostrar que cometí un error ele apreciación... ¿Cuándo se casa, teniente?

—Pasado mañana.

—Oh, sí, ya roe lo dijo. Lamento que las circunstancias no le permitan realizar el viaje de bodas.

—Perdone, mi coronel, pero quería solicitarle un permiso de cinco días.

—Será difícil que se lo conceda. Usted ya sabe cuáles son las circunstancias.

—Hemos pensado ir a Tucson, coronel. Necesitamos un día para ir y otro para volver.

—No le prometo nada, teniente. Sólo que lo pensaré.

—Gracias, mi coronel.

Vaya ahora a arreglar las cosas para que Chuck Connery sea sustituido por Stanley Sullivan.

—Sí, mi coronel.

Evans hizo otra vez el saludo militar y salió de la estancia.

El coronel, al quedar solo, permaneció pensativo. Su mano había cogido un lápiz, cuya punta deslizó por un papel.

Al cabo de un rato se dio cuenta de que, instintivamente, había escrito un nombre: Joan.

CAPÍTULO II

Joan Wendel estaba tendiendo ropa.

Era una hermosa joven de veintitrés años, morena, óvalo de cara perfecto, en donde destacaban dos grandes ojos negros orlados de sedosas pestañas. Su busto era alto, prieto, la cintura muy estrecha y las caderas anchas, sostenidas por des largas piernas.

Su padre, el coronel Wendel, había sido profesor en West Point durante siete

años.

Así fue como ella conoció a Ralph Evans, cuando él cursaba sus estudios en la academia:

Entre ambos nació una corriente de simpatía.

Ralph le declaró su amor el mismo día que recibió el despacho oficial.

Joan le contestó agradeciéndole mucho sus palabras. Pero le dijo que no podía casarse. Su padre se encontraba enfermo del corazón. Ella le había rogado muchas veces que se retirase, pero eso fue algo imposible. Wendel había ligado toda su vida a la milicia, y su cargo de ahora, profesor, era el último que iba a desempeñar. Decía que un verdadero soldado moría siempre en combate, y, para él, dar clases a los alumnos era lo mismo que estar peleando en primera línea.

Y así murió el viejo coronel. A su modo, con las botas puestas.

Para aquel entonces, Ralph Evans había sido destinado al territorio dé Nuevo México, donde había hecho sus primeras armas luchando contra los apaches.

Ralph, al enterarse del óbito del coronel, envió una carta a Joan.

Ella había quedado sola, sin ningún amparo, y él reiteraba sus deseos de casarse inmediatamente. La quería con todas sus fuerzas y esperaba hacerla feliz.

Pasaron dos meses desde que el teniente Evans envió su carta, y ya había perdido toda esperanza, cuando llegó la contestación de Joan.

Aceptaba ser su mujer.

Ralph saltó de júbilo.

Luego, vinieron los preparativos. Joan tenía que desalojar su casa junto a la Academia de West Point, vender los muebles y prepararse para el largo viaje.

Pasaron más meses, y al fin llegó el gran día.

Ahora Joan llevaba dos semanas en Fuerte Riley, en

compañía de los Gaynor El capitán y su mujer, Sarah, eran muy simpáticos, y sus tres hijos resultaban deliciosos, a pesar de sus travesuras.

Dos días más y Joan Wendel pasaría a ser la señora Evans.

Ahora, mientras tendía la ropa, se preguntaba cuáles eran sus sentimientos con respecto a Ralph. ¿Estaba enamorada de él? No, lo estaba. Pero Ralph era muy bueno, sentía un gran afecto por él, y pensaba que con el tiempo, también llegaría el amor.

Oyó pasos a su derecha y miró hacia allí.

Vio a un hombre con la indumentaria de los exploradores del ejército. Iba leyendo un papel, distraído, al tiempo que caminaba.

De pronto, sobrevino la catástrofe.

El explorador tropezó con la cubeta en la que Joan tenía la ropa limpia, de donde la sacaba para tender.

Aquel hombre, un grandullón de un metro ochenta, se vino abajo. Pero en su caída le dio vuelta a la cubeta y se desparramó la ropa.

—Infiernos coronados —gritó el hombre revolviéndose—. ¿Quién ha sido el imbécil que ha puesto...?

Entonces sus ojos tropezaron con la cara de la joven, que estaba enrojeciendo rápidamente.

—Yo soy ese imbécil, señor —dijo Joan.

—Oh, perdone, señorita...

—Diga ahora que no quiso ofenderme.

—Si usted lo quiere...

—No es que lo quiera...

—Eh, un poco más despacio —repuso él levantándose—. ¿Sugiere que yo tengo la culpa?

—Claro que tiene la culpa. ¿Por qué no mira dónde pone sus pies...? Mire lo que ha hecho, me estropeó la colada.

—Si usted me vio, ¿por qué no me avisó?

—Lo vi cuando ya era demasiado tarde, cuando ya había metido su pezuña.

—Conque me trata de animal, ¿eh...?

—Usted se lo ha buscado.

—Usted se está buscando otra cosa, pequeña.

— ¿A qué se refiere, señor explorador?

—A un par de azotes en su parte más blanda.

La joven abrió la boca, pero no pudo articular palabra. Sus senos se agitaron en el corpiño.

—Atrévase a ponerme la mano encima, y se la gana. Haré que caiga sobre usted todo el regimiento militar.

—Que yo sepa, en el regimiento militar no se estipula ningún castigo por dar su merecido a una criada.

En aquel momento intervino otra voz femenina.

—Buenos días, señor Connery. Era la esposa del capitán Gaynor.

— ¿Cómo está, señora Gaynor?

—Ya veo que hizo amistad con mi amiga, la señorita Joan Wendel.

— ¿Su qué...?

Sarah Gaynor era una mujer rolliza, de cara simpática, sonrisa persuasiva.

—Entonces, me equivoqué. No se conocen... Joan, te presento al explorador del ejército. Chuck Connery, esta es la señorita Juan Wendel, que pasado mañana se casará con el teniente Ralph Evans.

Joan y Chuck se miraron y ella levantó con altitud la barbilla.

Chuck, sin saber qué decir, se pasó el dorso de la mano por la mejilla.

—Tanto gusto, señorita Wendel —dijo al fin.

—Yo no tuve ningún gusto, señor Connery.

—Conque es vengativa, ¿eh?

—Soy como debo ser.

—Espero que no le pida al coronel que me fusile.

—No me gusta que nadie me tome el pelo, señor Connery, y tampoco estoy loca para pedir su fusilamiento por haberme ensuciado la ropa.

— ¿Quiere que se la lave?

—Tengo dos manos y, además, es trabajo de mujer.

—Yo lavo mi ropa y puedo demostrarle que soy un hombre. La señora Gaynor intervino sonriendo:

—Da gusto vivir en una comunidad donde todo el mundo se lleva bien. ¿Verdad, señor Connery?

—Oh, sí, desde luego. Perdone, ¿está su marido? Quisiera hablar con él.

—Lo encontrará en la sala. Está leyendo su periódico de hace quince días.

—Gracias. Con el permiso de ustedes.

Chuck Connery hizo un saludo llevándose la mano al sombrero y se alejó de las mujeres.

El capitán Gaynor se levantó del sillón en que estaba sentado leyendo el periódico, y salió a su encuentro.

—Hola, Chuck. ¿Cómo te fue en México?

—Bien. Estuve hablando con Cochise. Me ha asegurado que no volverá a nuestro país, al menos hasta el año próximo.

— ¿Esperas que cumpla con su palabra?

—No tendrá más remedio que cumplirla. Perdió muchos guerreros durante sus últimas batallas. Ha encontrado un buen refugio en Chihuahua y pasará allí el invierno. Creo que cuando vuelva a nuestro país, será fácil llegar a un acuerdo con él.

—Entonces, todo se va a solucionar, puesto que Mangas Coloradas quiere también la paz.

—De eso quería hablarle, capitán. Llegué anoche y el teniente Evans me informó del proyecto de conferencia que hay entre el coronel y Mangas Coloradas. Yo iré como explorador.

—Lo celebro. Es una garantía para nosotros que acompañes al coronel, porque serás el mejor intérprete.

Chuck dio unos pasos por la estancia. Al fin se detuvo y se volvió hacia el capitán Gaynor.

—No creo en esos buenos deseos del coronel.

— ¿Qué dice, Chuck?

—Conozco al coronel. Por encima de sus ideas militares, odia a los apaches. Por gusto, los exterminaría a todos.

—Chuck, será mejor que no sigas.

— ¿Por qué no he de seguir si estoy diciendo la verdad? Usted lo sabe tan bien como yo. Si estuviese en manos del coronel no dejar un solo apache sobre la tierra, lo haría sin vacilar.

— ¿Por qué crees, entonces, que el coronel está dispuesto a hablar con Mangas Coloradas?

—He pensado mucho en ello desde anoche. Quizá el coronel

quiere confiarlos durante un par de meses y luego caer sobre Mangas Coloradas y su tribu. Ahora los apaches están desperdigados. Pero, si reina la paz, se volverán a reunir. Es más fácil acabar con ellos de esa forma que no luchar con decenas de guerrillas.

—Te dije que callases, Chuck.

—Ya está dicho.

—Sí, ya está dicho, y por si no lo sabes, tu acusación es bastante para que te expulse del Ejército... No puedes opinar así de un superior. Eres libre de pensar lo que quieras, pero no de expresarlo.

— ¿Qué pasaría si tengo razón?

— ¿Crees que basta con eso? Tendrías que probarlo y tú sabes que no se puede probar. Admito que el coronel siente odio por los apaches...

—Gracias.

—Pero ahora le tienen sin cuidado los apaches. Sólo piensa en nuestra Guerra Civil. El coronel opina que debemos ayudar a nuestros compañeros del frente del Este, que debemos incorporarnos a la lucha en la medida de nuestras posibilidades. Y para ello, es condición indispensable que reine la paz en esta región. No creo que en este momento exista otra idea en la mente del coronel Manners... Chuck, creo que te equivocas de punta a punta. Yo confío en el coronel Manners y creo sinceramente que vamos a establecer los principios de una paz duradera con los apaches. Al co ronel no le interesa una pelea con Cochise o con Mangas Coloradas. Sólo quiere pelear contra los confederados.

Chuck Connery, se quedó un rato sin habla. Finalmente sacudió la cabeza.

—Está bien, capitán. Se encaminó hacia la puerta.

—Espera, Chuck.

— ¿Sí, capitán...?

—Debes ayudar al coronel Manners.

—Sé cumplir con mi obligación, capitán Gaynor, y como usted ha dicho antes, el coronel Manners es mi superior.

Dicho esto, Chuck Connery salió de la casa.

CAPÍTULO III

Chuck Connery, entró en la cantina.

El viejo Jerry Arden, ex sargento del ejército, era el cantinero, un cascarrabias que no desperdiciaba oportunidad para contar sus grandes aventuras, la mayoría de las cuales sólo habían ocurrido en su imaginación.

— ¡Un trago, Jerry!

—Va volando...

Mientras escanciaba, Jerry se inclinó sobre el mostrador.

—Eh, muchacho, ¿qué te dijo Cochise de mí?

—Te manda recuerdos.

—Se acuerda de Jerry Arden, ¿eh?

—Claro.

Era falso. Chuck no había hablado a Cochise, de Jerry, pero éste se hubiera sentido muy ofendido si el famoso apache, que ahora estaba en México, no le hubiese dedicado un recuerdo.

Supuestamente, Jerry había salvado a Cochise, siendo éste niño, de perecer comido por los lobos. Lo había encontrado durante una noche en que Jerry viajaba por las montañas.

Jerry tenía una cosa en su favor. Que Cochise no podía acordarse de aquello, porque, según Jerry, el jefe indio apenas tendría un par de años de edad.

En la cantina se reunían los soldados que estaban francos de servicio. Era un hervidero. Se jugaba a los naipes y a los dados, a pesar de estar prohibido por el reglamento. Sólo de vez en cuando se imponía la mano dura y, entonces, el propio Jerry se encargaba de esconder las barajas y los dados y no permitía ninguna clase de apuestas en su local.

—Eh, Chuck —dijo Jerry cuando el explorador hubo bebido un trago—. ¿Qué vas a hacer si se firma la paz con los apaches?

—Me iré al Este.

— ¿A luchar por la Unión?

—Seguro.

—Entonces, yo iré contigo.

— ¿Tú, Jerry?

—Estoy en forma y esos confederados no han tenido todavía enfrente un verdadero soldado.

—Cumpliste ya setenta y cinco años, Jerry, ¿o es que lo olvidaste?

—Yo, con setenta y cinco años, valgo más que seis soldados con veinte, y tú lo sabes... Admito que en una carrera llegaría el último, pero yo he nacido para pelear montado a caballo. Tú lo sabes bien. ¿Conociste alguna vez a un jinete mejor que yo?

— ¿Desde cuándo no montas un caballo, Jerry?

—Unos siete años.

—Di la verdad.

—Bueno, digamos que son doce...

—O quince.

— ¿Supones que he olvidado montar a caballo...? Si me dejas el tuyo, te demuestro que soy capaz de hacer las mismas cosas que tú, y unas cuantas más.

En aquel momento intervino una voz:

— ¿Por qué hablas con ese bocazas, Jerry? ¿Es que no sabes que es un fanfarrón? Chuck volvió la cabeza.

El que acababa de hablar era un gigante irlandés que respondía, al nombre de O'Hara. Estaba considerado el más peleón del regimiento. Pasaba más tiempo en el calabozo, que en servicio. Pero, hasta ahora, O'Hara siempre había rehuido pelear con Chuck Connery, quizá porque éste tenía fama de ser el vencedor de todas las peleas en que formaba parte.

— ¿Estás borracho, O'Hara? —rezongó el explorador.

El irlandés lanzó una carcajada enseñando la campanilla.

— ¿Sólo se te ocurre decir eso?

—Me has llamado bocazas y fanfarrón.

—Falta algo, ¿verdad?

—Tú dirás.

—Hijo de perra...

Chuck empezó a erguirse.

Jerry le puso una mano en el hombro.

—Muchacho, no lo deshagas. Si O'Hara no está borracho, es que le ocurre algo peor, se ha vuelto loco.

—Entonces yo tengo un procedimiento para curarlo —dijo Chuck, y movió la

derecha.

Su puño llegó con precisión al mentón de O'Hara, el cual salió disparado hacia atrás con enorme velocidad.

Derribó una mesa, tres sillas, doce soldados, botellas, vasos...

Entre aquel enjambre de cosas surgió un O'Hara con los ojos chispeantes de cólera.

— ¡Maldito, yo te voy a enseñar...!

—Te voy a dar un consejo, métete con otro.

—Con tu padre me iba a meter si lo conocieses —exclamó O'Hara, y echó a correr hacia el explorador.

Chuck esperó a tenerlo encima y, entonces, salto a un lado.

El puño de O'Hara hundió un buen trozo del mostrador. Se volvió lanzando un aullido.

Pero Chuck se lo cortó en seco, volviéndole a golpear en la barbilla.

O'Hara voló de nuevo por el aire. Traspasó la barra y cayó sobre un montón de botellas vacías.

Chuck también saltó a la otra parte, apoyándose en una mano. Atrapó a O'Hara por el cuello de la camisa y lo levantó de un tirón.

El viejo Jerry se cubrió los ojos con las manos porque no quería ver lo que iba a pasar.

Oyó un chasquido.

Abrió los párpados y entonces pudo ver que el irlandés ya había vuelto a la sala y estaba produciendo una nueva conmoción entre sillas y mesas.

Chuck lo siguió con paso rápido.

O'Hara era un hombre muy resistente porque ya estaba otra vez en pie.

—Maldito seas, Chuck, te voy a convertir en pienso para los buitres. En aquel momento se oyó una voz ordenancista desde la puerta.

— ¡Dejen de pelear...! ¡Fir...mes! Era el teniente Ralph Evans. Connery y O'Hara quedaron tiesos.

Ralph Evans venía acompañado por dos soldados

que manejaban rifles. Avanzó rápidamente hacia los dos hombres que habían peleado.

—Chuck Connery, ha cometido un acto de indisciplina.

—Lo siento, teniente, pero yo no empecé.

—No me importa quién empezase. Los dos quedan arrestados.

—Perdón, teniente, pero recuerde que debo acompañar al coronel a su conferencia con Mangas Coloradas.

—No podrá ir. Su puesto lo ocupará otro... ¿O cree que es el único explorador del ejército?

—Insisto en que debo acompañar al coronel Manners. Usted mismo me eligió para esta misión.

—Yo mismo lo elegí, Connery y, por lo tanto, soy la persona más indicada para decidir que otro explorador ocupe su lugar... He dicho que usted y O'Hara están arrestados.

—Teniente, le sugiero que suspenda el arresto hasta que haya terminado esa conferencia.

— ¿Va a hacer innovaciones en el Ejército, Connery? Lo he arrestado y, por lo tanto, empezará su reclusión inmediatamente. Estará tres días en el calabozo.

—Le recuerdo que no soy soldado, teniente, y que, por lo tanto, puede hacer una excepción.

—Yo le voy a recordar otra cosa, Connery. Es usted un civil al servicio del ejército y, por tal motivo, está militarizado. Debe respetar los reglamentos lo mismo que cualquier soldado.

—Pido permiso para hablar con el coronel, teniente.

—Permiso denegado. Soldados, llévenselos.

Chuck fue a replicar otra vez, pero hizo un gesto de rabia y se dirigió hacia la puerta, donde ya se encontraba O'Hara.

Poco después, los dos hombres eran encerrados en celdas distintas.

El coronel Manners estaba junto a la ventana observando a través de las rendijas con unos anteojos de campaña.

Sus labios sonreían.

A acuellas horas de la noche siempre estaba allí, mirando.

Había empezado a ocurrir diez días atrás.

Los anteojos de campaña enfocaban la casa del capitán Gaynor; concretamente, una ventana.

Una mujer quedaba enmarcada en ella. Joan Wendel. La joven

estaba sentada a la mesa.

El coronel sabía perfectamente la hora en que se cenaba en casa de los Gaynor. Aquella muchacha, Joan, se le había ido metiendo poco a poco en la sangre.

Al principio lo había seducido con su belleza, pero ahora consideraba atractivo el menor de sus gestos. Ninguna mujer sonreía como Joan Wendel, ninguna tenía aquella presencia al andar, ninguna poseía aquella boca, de labios rojos, sensuales.

El coronel no había querido casarse. Siempre había sido un soldado. Llevaba veinticinco años luchando en la frontera. Había tenido muchas ocasiones de ocupar un alto cargo en Washington, pero siempre lo rechazó. Nunca había sido partidario de perder el tiempo en un hogar donde una esposa y unos hijos lo apartarían necesariamente de sus obligaciones militares.

Pero Joan Wendel era distinta a cuantas mujeres había conocido en su vida.

Era la mujer que él deseaba con todas sus fuerzas, hasta la última pulgada de su piel.

Y se había jurado que Joan sería suya, y de nadie más.

CAPÍTULO IV

—Teniente Evans —dijo el coronel Manners.

El teniente iba a la retaguardia del grupo y se volvió.

—A la orden, mi coronel.

— ¿Dónde está el explorador Sullivan?

—Se adelantó un par de millas, señor.

— ¿No cree que ya debería estar con nosotros?

—Le ordené que nos esperase en el Paso del Buitre.

—Está bien, teniente.

El sargento Hamilton y los soldados Berton y Brook eran los otros miembros de la expedición.

El coronel los conocía bien, por eso había dado sus nombres. Llevaban más de diez años bajo sus órdenes y, en el caso concreto del sargento, se había librado de la horca gracias a él, Manners.

Al cabo de un rato, el sargento Hamilton dijo:

—Se ve una hoguera.

El teniente apuntó con sus anteojos de campaña hacia el punto que brillaba en la noche, al pie de las montañas.

En seguida, informó:

—Son los apaches, señor.

— ¿Ha visto a Sullivan?

—Sí, señor. Espera donde yo le ordené. El coronel carraspeó.

—Caballeros, quiero que me escuchen atentamente. Los hombres bajo sus órdenes lo rodearon.

—Tengo la impresión de que el destino es algo muy importante en nuestras vidas —empezó diciendo Manners—. Nos ha tocado vivir unos días de mucha gravedad para nuestro país, y, en esta ocasión, creo que el futuro de nuestra nación
está en nuestras manos. No se asusten, soldados. Van a comprender lo que les digo. Supuestamente, estamos realizando un acto de paz, pero cuando se es soldado es absurdo hablar de eso. En todo momento se está en guerra... Nuestro país exige que acabemos con nuestros enemigos, y yo no soy uno de esos estúpidos puritanos que
tienen en cuenta los medios para conseguir un fin. Por el contrario, opino que el fin justifica cualquier clase de medio.

El coronel hizo una pausa, apreciando que sus hombres lo escuchaban atentamente.

—Caballeros, vamos a terminar con esta guerra apache. Lo vamos a hacer ahora mismo y no por medio de un tratado de paz. Llegaremos hasta esa hoguera y hablaré unos momentos con ese canalla de Mangas Coloradas. Deben estar atentos y situarse frente a los apaches. En un momento determinado yo sacaré el pañuelo. Entonces ustedes se abalanzarán sobre el enemigo y acabarán con ellos a pistoletazos o bayonetazos. No podemos permitir que huya absolutamente nadie. Lo que allí ocurra va a ser cosa completamente nuestra. ¿Me entendieron bien?

El teniente Evans hizo un gesto afirmativo y, a continuación, asintieron también el sargento y los soldados.

—Les aseguro que no pienso olvidar su colaboración, caballeros. Ahora, que cada cual cumpla con su deber, y recuerden que es el país el que exige esta misión. En marcha, teniente.

El explorador salió a su encuentro cuando ya estaban cerca del paso.

—Todo está listo, señor.

El coronel había hablado aparte con Sullivan, antes de salir del Fuerte Riley.

— ¿Cuántos son, Sullivan?

—Los mismos que nosotros, seis.

— ¿Se ha cerciorado de que no hay nadie en los alrededores?

—Sí, señor. Hice una inspección. Mangas Coloradas cumplió lo exigido.

—Vamos allá —dijo el coronel—. No consientan que ningún guerrero quede a sus espaldas. Aunque imagino que el jefe los colocará al mismo nivel que ustedes. Sean firmes y seguros. Recuerden que esos apaches son astutos y hábiles. Cualquier
fallo nos puede costar la vida.

Reemprendieron la marcha.

Poco después llegaron a la hoguera.

Mangas Coloradas hacía honor a su sobrenombre. Se cubría con una camisa roja y con unos pantalones de tela azul.

El coronel se sintió abochornado porque los pantalones del jefe apache debían de haber pertenecido a un oficial, a quien, sin lugar a dudas, Mangas Coloradas habría matado con sus propias manos.

El rostro del jefe apache parecía de pergamino, aunque Manners sabía que no tenía más de cincuenta años.

Sus ojos brillaban como si poseyesen luz propia interior. El coronel hizo una señal y él y los suyos descabalgaron.

Luego, con arrogancia, Manners avanzó hacia el apache y se detuvo del otro lado de la hoguera.

—Celebro verte. Mangas Coloradas.

—Yo pensé que tú y yo no nos volveríamos a encontrar —contestó el apache con voz ronca.

— ¿Por qué no?

—Prometí que yo mismo te mataría.

—Hay promesas que no se pueden cumplir.

—Puedo cumplirla ahora.

— ¿Piensas cometer una traición, Mangas Coloradas? — No, vine en son de paz.

—Entonces, no te comprendo.

—Estamos dispuestos a terminar la guerra, coronel Manners, y a eso vinimos... Pero eso no impide que tú y yo peleemos.

Manners apretó los maxilares con fuerza.

— ¿Un duelo entre tú y yo, Mangas Coloradas?

—Sí.

—Es ridículo.

—Si tú mueres o yo muero, las cosas no cambiarán. Se sellará la paz. Si yo te gano, habré cumplido mi promesa, y si tú me matas, podrás presentarte ante el Gran Jefe Blanco de Washington como un gran militar.

—No puedo acceder a tus deseos, Mangas Coloradas. Las costumbres del hombre blanco no son las de los apaches. Yo soy coronel del Ejército y tengo deberes y responsabilidades con mis hombres. No puedo dejarlos sin un jefe.

Mangas Coloradas sonrió con ironía.

—Hay muchas formas de expresar el miedo. El coronel Manners hizo rechinar los dientes.

—No consiento que me llames cobarde, Mangas Coloradas...

Hubo un momento de gran tensión.

El jefe apache se pasó la lengua por los labios.

—Si te hice una ofensa, retiro mis palabras, coronel. Manners esbozó una sonrisa.

—De acuerdo.

—Ahora lo importante es la paz —dijo el jefe apache—. Mi pueblo está cansado de pelear. Pero debo advertirte algo, coronel Manners. La paz ha de ser firmada en condiciones honrosas para mi pueblo. Los apaches viejos y jóvenes han luchado por su existencia. Recuerda que no han querido conquistar nada. Sólo recuperar lo que les fue quitado...

El coronel Manners sacó un pañuelo.

Inmediatamente, los hombres que habían venido coa él atacaron a los apaches. Manners tiró de la pistola y saltó por encima de la pequeña hoguera disparando sobre Mangas Coloradas.

El jefe apache se tambaleó al recibir el impacto en el pecho. Su cara demostró una gran sorpresa.

— ¡Perro...! —dijo.

Con un movimiento rápido de su mano izquierda, desenvainó el cuchillo.

Llevado por su impulso, el coronel iba a caer sobre el jefe apache, saliendo al encuentro del cuchillo.

Hizo otro disparo a boca de jarro.

Con eso evitó su muerte segura porque Mangas Coloradas, alcanzado por la segunda bala, retrocedió dos pasos y la hoja de acero sólo rozó el brazo del coronel.

Mientras tanto, el resto de sus hombres estaban acabando rápida y eficientemente con los apaches.

El teniente también había echado mano a la pistola, pero no así el sargento, el explorador y los otros dos soldados, quienes estaban utilizando sus bayonetas.

El aire fue rasgado por aullidos de muerte.

Poco después, el

drama había acabado.

Mangas Coloradas y sus cinco guerreros estaban muertos.

El coronel Manners respiraba entrecortadamente observando los cadáveres.

—Buen trabajo, muchachos —dijo—. Y ahora, recuerden esto. Ellos nos atacaron. Nosotros nos limitamos a repeler la agresión...

De pronto sonó un estampido desde unas rocas que había a la izquierda. El teniente Evans lanzó un grito y se desplomó sobre la hoguera.

— ¡Maldita sea...! —gritó el coronel—. ¡Apaches!

—No lo comprendo —exclamó el explorador—. No había nadie...

El sargento Hamilton y el soldado Brook atraparon por las piernas al teniente Evans y lo arrastraron, sacándolo de la hoguera.

Pero el teniente Evans no se había quejado del fuego. Había una explicación. La bala le había perforado la cabeza.

El propio coronel estaba corriendo hacia las rocas de donde había partido el disparo.

Hizo fuego dos veces con su pistola.

Sullivan y el soldado Berton fueron detrás.

— ¡Cuidado, coronel! — gritó el explorador. Al fin, Manners se detuvo.

—Han debido disparar desde aquí. Vi el fogonazo.

—Subí por la colina, coronel Manners, y no vi rastro de apaches —repuso Sullivan.

En aquel momento se oyó una galopada por el otro lado de la colina.

—Ahí va —gritó Sullivan—. Es sólo un apache, le daré alcance.

—Se lo prohíbo, Sullivan. No permitiré que nadie de este grupo caiga en una celada. Ya hicimos un buen trabajo esta noche, aunque nos haya costado la vida del teniente Evans.

La galopada se perdió a lo lejos.

—Volvamos con nuestros compañeros —dijo el coronel. Se acercaron de nuevo al fuego.

Manners miró el cuerpo del teniente Evans.

—Pobre muchacho, se iba a casar mañana. Dios mío, tendré que desempeñar un papel muy difícil cuando lleguemos al fuerte.

Sí, va a ser muy doloroso para la señorita Wendel, recibir una noticia como ésta, aunque quizá le ayude un poco saber que su prometido ha muerto como un héroe. Rendiremos al teniente Evans los más altos honores militares.

CAPÍTULO V

Joan Wendel miraba por la ventana.

A sus espaldas estaba el coronel Fred Manners.

Manners ya le había dado la noticia.

La joven estaba confusa.

No había derramado una lágrima, pero se sentía muy dolorida. Ralph Evans iba a ser su esposo.

—Lo siento mucho, señorita Wendel. En nombre del Ejército de Estados Unidos le doy mi emocionado pésame... Si le sirve de consuelo, recuerde que Ralph Evans no ha muerto inútilmente. La acción militar en la que él ha tomado parte servirá a los altos intereses de nuestro país. El entierro se celebrará mañana, a las diez, si usted no ordena otra cosa.

—Muy bien, coronel... Gracias por todo. Con eso terminaba la entrevista.

Sin embargo, el coronel se quedó allí.

—Señorita Wendel, ¿cuáles son sus planes...? Perdone que le haga esta pregunta. Quizá es inconveniente en estos momentos, pero me preocupa usted. Se encuentra sola...

—No debe preocuparse por mí... Me marcharé a Tucson mañana mismo.

— ¿A Tucson? ¿Tiene algún familiar allí?

—No, no tengo familiares en ninguna parte, coronel. Pero cuando pasé por allí hace unas semanas, supe que no había escuela. La última maestra se había marchado al Este. Me dijeron que no había ninguna probabilidad de que en las actuales circunstancias contraten a otra.

—Perdone, señorita Wendel, pero no me parece juicioso.

— ¿Por qué no?

—Tucson está en pleno territorio apache. Tenemos allí un destacamento y sólo gracias a él los indios se mantienen alejados. Pero eso no es obstáculo para que, de vez en cuando, merodeen esos salvajes por las cercanías de la ciudad. Hasta se han permitido algún ataque. Ahora, con la muerte de Mangas Coloradas, esos apaches pueden desencadenar una ofensiva, un último acto de locura, y no sabemos qué lugar elegirían. Podría ser Tucson.

—Coronel, es usted muy amable al advertirme. Pero estoy decidida a servir a mi país de algún modo. Ralph murió en combate, como usted dice. Y yo ahora me sien to muy insignificante. No existe nada que me invite a ir a cualquier*ciudad del Este. Y estoy segura de que en Tucson me necesitan.

—Le sugiero que se quede aquí.

— ¿Aquí, coronel...? Oh, no. ¿Qué haría en el fuerte?

Manners titubeó unos instantes. No había pensado en aquel problema. Siempre creyó que al morir Ralph Evans, Joan se quedaría con la familia Gaynor. Sabía perfectamente que Joan no contaba con ningún familiar.

Era cierto que Tucson estaba a un día de camino del fuerte, pero era demasiada distancia, teniendo en cuenta que él, Manners, tenía que permanecer allí.

— ¿Por qué no lo piensa mejor, señorita Wendel? Tómese unos días de descanso. Tengo cuarenta y cinco años, de los cuales veinticinco me he pasado tomando decisiones. Puedo hablarle de eso, por tanto. Nunca se debe precipitar uno al elegir un camino.

—Le agradezco sus buenos consejos, coronel. Pero creo que ya estoy decidida. Nada me hará cambiar. Si usted lo permite, abandonaré el fuerte cuando Ralph Evans esté enterrado.

£1 coronel Manners bajó la cabeza y carraspeó con suavidad.

—Perdone, señorita Wendel, pero en estos momentos no puedo prescindir de ninguno de mis soldados. Ya sabe, para ir a Tucson tendría que hacerlo bajo escolta.

_ —Sí, comprendo, coronel, y no quiero crearle ningún problema. Hay paisanos en el fuerte, y quizá alguno de ellos quiera acompañarme. Naturalmente, les pagaría. Me queda algún

dinero.

El coronel Manners fue a oponerse nuevamente, pero se dio cuenta de que ahora ya había dicho bastante.

De todas formas, ¿no había prohibido a los paisanos salir del fuerte sin su permiso? Eso correspondía a sus atribuciones. No, no estaba decidido a perder a Joan Wendel. Ahora, entre ella y él no se interponía nada, porque el teniente Evans estaba muerto.

—Le veré más tarde, Joan.

Hizo un saludo y salió de la casa.

*

*

*

Chuck Connery estaba en la celda. Paseaba de una pared a otra, apretándose las manos, nervioso.

El soldado que le trajo el rancho, le contó el resultado de la conferencia entre el coronel y Mangas Coloradas.

Manners y los hombres que le acompañaban se habían comportado como héroes.

Mangas Coloradas era un traidor. Sólo había concertado aquella reunión para acabar con el coronel y sus hombres.

Pero Manners no se había dejado sorprender. Había sido magnífico para el Ejército de Estados Unidos. Todos los apaches muertos, con una sola baja, la del teniente Evans.

En un principio había creído que se trataba de una broma de aquel soldado. Pero más tarde se acercó Jerry Arden a la ventana protegida por barrotes y el ex sargento le confirmó la noticia.

Entonces estalló la furia de Chuck Connery.

No podía creer que Mangas Coloradas hubiese cometido un acto como aquél. Mangas Coloradas era astuto, inteligente y debía saber que, con la muerte de Manners, no lograría otra cosa que una mayor dureza en la lucha, porque quitando de en medio a Manners, no derrotaba al Ejército de Estados Unidos.

*

*

*

— ¡Apunten...! ¡Fuego...!

El estruendo de las salvas llenó el fuerte.

Joan Wendel estaba delante del túmulo y a su derecha tenía al coronel. Manners ya había soltado su discurso, sobrio, pero elocuente.

Ralph Evans había muerto como un valeroso soldado y debía servir de ejemplo a todos. El país había contraído una deuda con él. Como recompensa, había colocado sobre el ataúd la Medalla de Servicios en la Frontera de primera clase.

— ¡Apunten...! ¡Fuego...! —ordenó otra vez el capitán Gaynor.

El pelotón que rendía honores hizo una nueva salva de ordenanza. Chuck Connery contemplaba el solemne acto desde su celda.

El viejo Jerry Arden estaba apoyado en la pared de fuera.

— ¿Has averiguado algo, Jerry?

—Hablé con esos puercos de Berton y Brook. Están muy pagados de sí mismos. Les oí contar de qué forman se cargaron a Mangas Coloradas y sus apaches. Según ellos, Mangas Coloradas y sus coyotes se abalanzaron sobre el coronel y sus hombres, valiéndose de los cuchillos. Los iban a degollar...

—Es curioso.

— ¿Qué es lo curioso, Chuck?

—Les atacaban con sus cuchillos. Sin embargo, consiguieron matarlos a todos con una sola baja, la del teniente Evans...

—Una gran victoria.

—Pero el teniente Evans fue alcanzado por una bala.

—Bueno, también los apaches tienen armas...

— ¿Crees que en una lucha cuerpo a cuerpo, el coronel y sus compañeros no habrían sufrido alguna herida? ¿Es que no sabemos tú y yo cómo pelean los apaches con el cuchillo?

—Ya lo tuve en cuenta y fue lo que dije a Berton, pero él me contestó que ellos estaban atentos y que utilizaron sus bayonetas, que son dos veces más largas que los cuchillos... El coronel había ido a la conferencia imaginando que se trataba de una trampa, y los aleccionó para que no fuesen sorprendidos. Ya sabes, según Berton y Brook, el coronel demostró ser más zorro que Mangas Coloradas.

— ¿Hablaste con Sullivan?

—No pude. Marchó anoche.

— ¿Adónde?

—A ver a su india. Lo hizo como siempre, sin permiso, deslizándose por la empalizada. Es raro que ya no esté aquí. El coronel habrá notado su ausencia y le pedirá cuentas.

En aquel momento se oyó un alboroto en la puerta.

— ¿Qué pasa allí? —dijo Chuck.

La puerta del fuerte fue abierta por dos centinelas, uno de los cuales se puso a dar gritos.

El acto que se celebraba en honor del teniente Evans fue interrumpido porque todos volvieron la cabeza hacia la puerta del fuerte.

Las mujeres de los oficiales estaban a la derecha. Una de ellas dio un grito y se cubrió la cara con las manos:

Tenían motivo para ello.

Un hombre llegaba completamente desnudo sobre un caballo.

Era el explorador Sullivan. Tenía los brazos sobre la cabeza, atados a un tronco que descansaba sobre su cuello.

Su cara era horrible. Le habían vaciado los ojos.

Un soldado pretendió bajarlo de la silla, pero se le escapó, quizá porque estaba demasiado emocionado.

El cuerpo desnudo de Sullivan resbaló por el otro lado de la silla y se derrumbó en el suelo.

El resto de las mujeres también apartaron la

mirada del explorador. El viejo Jerry Arden dijo:

—Ese héroe ha tenido muy poco tiempo para vanagloriarse de su hazaña. Ya no la contará.

CAPÍTULO VI

Joan Wendel estaba en el despacho del coronel.

—Lo siento, señorita Wendel —decía Manners—. Pero ya ha visto usted cuál es la situación. Esos salvajes mutilaron al explorador Sullivan. No puedo dejarla marchar a Tucson...

—Sí, comprendo... Pero quizá haya una oportunidad.

— ¿A qué se refiere?

—He pensado que usted enviará a algunos soldados a Tucson. El capitán Gaynor dijo que será necesario el abastecimiento del fuerte, porque las provisiones son pocas.

—Sí, quizá la semana próxima tenga que mandar por alimentos.

—Quiero acompañar a esos soldados.

—Está bien, señorita Wendel. Si para entonces usted insiste en viajar a Tucson, podrá irse.

—Gracias, coronel.

La joven fue a marcharse.

—Espere un momento, señorita Wendel. Manners se había levantado de su sillón.

—Señorita Wendel, no me gustaría que usted considerase la pérdida del teniente Ralph Evans como algo irreparable. Perdone, estoy acostumbrado a hablar con los soldados y no me expreso muy bien. Me refiero a que es usted muy joven y tiene toda una vida por delante. No se aflija demasiado.

—Coronel, quiero ser sincera con usted. Yo no estaba enamorada de Ralph. Me iba a casar con él porque era una buena persona y porque pensé que el vivir a su lado me permitiría llegar a quererle.

El coronel Manners sintió una profunda satisfacción. Era lo que él esperaba. Había observado bien a Joan y llegado a la conclusión de que una mujer como ella no podía enamorarse de un tipo tan blando y tan ridículo como Ralph Evans.

Joan necesitaba un verdadero hombre a su lado.

Se acercó a la joven.

— Deje que vele por usted, Joan.

Ella parpadeó.

—Oh, sí, coronel, desde luego. Le estoy muy reconocida.

El coronel la tomó nuevamente por el brazo y los dos caminaron hacia la puerta. Manners nunca se había sentido

tan cerca de ella. Le embriagaba el perfume de Joan.

La retuvo junto a él cuando llegaron ante la puerta.

—Joan —dijo—, puede venir aquí cuando quiera, cuando necesite un verdadero amigo. Quizá usted se encuentre muy sola. Es una sensación que yo he senti do muchas veces, y por ello, creo que soy la persona que mejor puede comprenderla.

—Sí, coronel.

Ella abrió la puerta y entonces tuvo que soltarla. La vio desaparecer por el fondo del corredor y cerró la puerta. Sonrió.

Todo iba bien, mucho mejor de lo que había supuesto después que Joan había renunciado a la loca idea de marcharse del fuerte.

Golpearon a la puerta.

—Adelante.

Era el capitán Gaynor.

— ¿Qué hay, capitán?

—Coronel, en las actuales circunstancias, me permito hacerle una sugerencia.

— ¿Respecto a qué?

—Respecto al explorador Chuck Connery. Ya sabe que el difunto teniente Evans lo arrestó por tres días. Si usted lo permite, yo le levantaría el arresto.

El coronel fue hacia la ventana.

Aquel estúpido de Gaynor no le podía impedir que viese una vez más a la hermosa Joan. La vio que cruzaba el patio hacia la casa del capitán.

Tres soldados que estaban apoyados en una pared también contemplaron a la joven. Uno de ellos dijo algo y los otros rieron.

El coronel se sintió lleno de furia. Sintió deseos de ir allí y abofetear a los soldados. Podía imaginar lo que se habían dicho entre sí con respecto a Joan.

Se dio cuenta de que Gaynor carraspeaba a sus espaldas.

—Está bien, capitán. Puede levantar el arresto del explorador Connery. Pero envíelo aquí. Quiero hablar con él.

—Sí, mi coronel.

Después que el capitán hubo salido, el coronel sacó un grueso cigarro de una caja.

Despuntó el puro con los dientes y lo encendió lentamente, como debía encenderse un cigarro. Gastó tres fósforos.

Nuevamente llamaron a la puerta.

—Pase.

Era Chuck Connery.

Nunca había simpatizado con aquel explorador Tema algo de rebelde y difícilmente se sometía a las órdenes, aunque las cumplía. Pero debía admitir que era el mejor de todos los exploradores porque conocía su oficio. Además, poseía la más larga experiencia con los apaches.

—A sus órdenes, mi coronel.

—Lo supongo informado de lo que pasó con Mangas Coloradas...

—Sí, señor...

—Sé que el internamiento en una celda no es bastante para que un hombre desconozca una noticia tan importante. Pero le faltan los detalles.

—Sí, señor.

—Muy bien. Yo se los daré.

Hizo un relato a su modo. Se refirió a la cara de Mangas Coloradas, a sus ojos que, al mirarle, expresaban traición. Sin embargo, él, Manners, trató de ser persuasivo, de convencerlo de que la paz era muy necesaria a los apaches y al Ejército «de Estados Unidos. Los hombres blancos se habían enzarzado en una pelea, hermanos contra hermanos, y Manners estaba dispuesto a firmar la paz duradera con el valeroso pueblo apache. Sin embargo, en un momento dado, Mangas Coloradas y sus guerreros se lanzaron a un ataque por sorpresa. Pero no les había pillado desprevenidos.

El coronel se levantó y se acercó a la ventana. Dio una chupada al cigarro y miró hacia la casa de Gaynor, donde ahora no había nadie.

—Pagamos un alto precio. La vida del teniente Evans. Connery continuaba en silencio.

El coronel volvió la cabeza.

—Espero que se dé cuenta de que sólo matamos en legítima defensa.

—No habrá paz.

—La habrá, ahora que ha muerto Mangas Coloradas.

—No, coronel. La guerra va a continuar y será mucho más dura que antes. El coronel gritó:

— ¿Es que pretende conocer a los apaches mejor que yo...? No podrán hacer nada sin Mangas Coloradas. Tendrán que darse por vencidos. Y no alegue como prueba de su hipótesis que el explorador Sullivan llegó al fuerte convertido en un despojo. Yo sabía que ese estúpido de Sullivan tenía una india como amiga. Sé todo lo que pasa en el fuerte, señor Connery. Si no lo supiese, habría renunciado hace mucho tiempo a mi cargo. Advertí a Sullivan sobre esas visitas nocturnas. Esperé que tuviese suficiente sentido común para renunciar esta noche a hacer su viaje hasta el campamento de esa india. Es fácil imaginar lo que ocurrió. Sorprendieron a Sullivan, estaba solo, y lo mataron. Es un simple incidente, sólo eso. También estoy dispuesto a admitir que, si otro soldado fuese sorprendido a solas lejos del fuerte Riley, igualmente lo matarían. Pero a partir de ahora los apaches de Mangas Coloradas dejarán de luchar en grupos...

—Usted está hablando de hipótesis. ¿Puedo sugerirle yo otra?

El coronel sintió renacer su odio contra Connery. De buena gana le hubiese dicho que callase, pero, ¿y si era importante lo que iba a decir?

—Hable, Connery.

—Yo creo que la muerte de Mangas Coloradas es lo peor que nos podía ocurrir.

— ¿Cómo...?

—Antes existían dos jefes. Cochise y Mangas Coloradas. Eso nos convenía porque ellos, a pesar de que eran apaches, pertenecían a distintas tribus. Ambos luchaban contra un mismo enemigo, pero lo hacían por su cuenta. Ahora Cochise será proclamado jefe de todos los apaches.

Absurdo, completamente absurdo. Cochise está en México. Sufrió muchas pérdidas. Lo obligamos a retirarse. Usted dijo que Cochise permanecerá allí en Chihuahua.

—Cambiará sus planes en cuanto se entere de la muerte de Mangas Coloradas.

—No los cambiará.

—Sea realista, coronel...

— ¿Cómo se atreve...?

—Disculpe, coronel, pero si no me quiere escuchar, es cuenta suya. Manners apretó los maxilares. Su rostro adquirió una dureza pétrea.

—Ande, termine de una vez, Connery —gritó.

—Cochise reunirá a sus guerreros y pasará de nuevo la frontera. Se unirá a los apaches de Mangas Coloradas y reanudará la lucha contra nosotros.

Manners sonrió con ironía.

— ¿Y qué es lo que se propone, señor Connery? ¿Qué me reúna con Cochise y le pida perdón por haber impedido que Mangas Coloradas llevase a cabo nuestro asesinato...? ¿Cree que Cochise se aplacará si me ve de rodillas?

—No, no lo creo. Cochise sólo volvería a México si usted y los que le acompañaron estuviesen muertos.

— ¿Qué dice?

—Es una opinión, coronel.

Los ojos de Manners brillaban como ascuas.

—Ya sé, usted sugiere que el sargento Hamilton, los soldados Berton y Brook, y yo, nos ofrezcamos voluntariamente a Cochise como prisioneros. Le diré a Cochise:
«Ande, jefe, haga de nosotros lo que quiera. Puede someternos a tormento. Vacíenos los ojos, córtenos los órganos genitales, achichárrenos. Acaben con nosotros y habrá paz duradera entre los apaches y los hombres blancos, y podrá volver a México para descansar.»

Manners hizo una pausa y sonrió nuevamente, con dureza.

— ¿Eso es lo que quiere, Connery?

—No, ya sé que no se puede hacer.

— ¿Entonces?

—Habrá guerra. Y nadie lo puede impedir.

—Ya había guerra antes. Y, suponiendo que usted acierte, sólo será una continuación.

—Si las cosas ocurren como yo opino, la nueva etapa que se avecina en la lucha será mucho más terrible que todas las que le precedieron.

— ¡Señor Connery, no quiero pelear contra los indios, sino contra los Confederados! Es ésa la única idea que tengo en la mente. No quiero luchar contra Cochise ni contra los otros sucios apaches. ¡Debo tener las manos libres para prestar ayuda al general Conway! ¿Lo oye bien?

—Si ése es su plan, eligió el peor camino para verlo realizado.

Manners agrandó los ojos.

— ¿Trata de decir que le he mentido, que Mangas Coloradas y sus apaches no me atacaron, que yo fui el traidor?

—Disculpe, señor. No elegí bien mis palabras.

—Usted sabe que si hubiese querido decir eso sería bastante para que le formase un Consejo de Guerra. ¡Y también puedo anticiparle cuál sería la sentencia!

—El ahorcamiento, señor.

—Sí, Connery, la muerte en la horca. Pero voy a suponer que no ha querido hacer tal acusación, que sólo ha sufrido un pequeño ofuscamiento.

—Sí, señor.

—Guárdese sus opiniones, ¿lo entiende bien...? ¡No quiero que vaya por ahí diciendo tonterías! ¡Puede retirarse!

Chuck Connery hizo un saludo y salió del despacho del coronel.

Manners quedó inmóvil, los ojos fijos en la puerta. Se llevó el cigarro a la boca y lo mordió en un gesto de rabia.

No había podido engañar a Chuck Connery. Aquel orgulloso explorador tenía una idea bastante aproximada de lo que había ocurrido en el Paso del Buitre.

Pero, ¿qué importaba eso ahora? Chuck Connery tenía ninguna prueba, ni la tendría, claro.

Sinceramente, pensaba que Chuck estaba equivocado. Cochise no se atrevería a regresar a Estados Unidos.

Los apaches de Mangas Coloradas se retirarían hacia las montañas del Oeste. Otras veces lo habían hecho, a lo largo de su historia, cuando peleaban con otras tribus indias y sufrían alguna derrota. Buscaban el refugio de las montañas y allí permanecían muchos años, décadas y décadas, mientras sus mujeres traían nuevos hijos y éstos crecían para sustituir a los nuevos guerreros muertos.

Las tribus que mandaba Mangas Coloradas estaban diezmadas. ¿Cuántos guerreros tenía? ¿Mil? ¿Quinientos? Cabía la posibilidad de que se excediese, tal vez no llegasen ni siquiera a los quinientos. Desde luego, eran bravos. No conocían el miedo.

Connery le había dicho que Cochise contaba con unos mil quinientos guerreros y si sumaban su fuerza a las de Mangas Coloradas, formarían un gran ejército; y Cochise había probado ser buen estratega.

Pero, ¿por qué preocuparse ahora?

Ya había enviado un despacho al general Conway en el que le informaba de lo ocurrido en el Paso del Buitre, con gran lujo de detalles. Al propio tiempo, solicitaba
su permiso para reunirse con él, dejando en Fuerte Riley un pertrecho grupo de hombres al mando del capitán Gaynor.

Calculaba que el general Conway no se decidiría antes de una semana. Pero, al final, lo llamaría, porque Conway no tenía fuerzas suficientes para enfrentarse a los
Confederados que, astutamente, habían dividido sus tropas en dos columnas.

Una semana. Sí, tenía siete días para convertir a Joan en su esposa y, vive Dios, que los iba a aprovechar bien.

CAPÍTULO VII

Joan Wendel salió de la casa de la señora Gaynor con la cubeta de la ropa. Se disponía a tenderla.

De pronto, vio venir a Chuck Connery.

—Celebro que haya llegado antes de que yo tienda la ropa —dijo ella.

—No se preocupe, no se la voy a manchar.

—Lo celebraré mucho.

La joven pasó por el lado de Chuck, encaminándose adonde debía tender la ropa. Chuck frunció el ceño mientras observaba a la muchacha. Su prometido, Ralph
Evans, había sido Muerto cuatro días antes.

—Señorita Wendel —dijo.

—¿Sí?

—Quiero darle mi pésame.

—Gracias, es usted muy amable —dijo ella, y dejó de mirarlo, porque prestó atención a la ropa de la cubeta.

Tomó un vestido y lo sujetó por las pinzas.

—Señorita Wendel, usted no amaba a ese hombre.

— ¿Qué?_—dijo ella, volviéndose.

—Que no le amaba.

—Eso es cuenta mía.

— ¿Por qué se iba a casar si no le amaba?

La joven había cogido unos pantalones de niño, pero ahora los dejó caer en la cubeta. Puso los brazos en jarras.

—Señor Connery, le voy a contestar aunque no tengo obligación de ello.

—No, no la tiene.

—Me iba a casar con el teniente Evans porque me encontraba muy sola, porque no tenía amigos, porque pensé que debía servir de algún modo al país y que quizá la mejor forma de hacerlo era casándome con un oficial del Ejército de la Unión.

—Iba a cometer un error, de todas formas.

— ¿Usted cree?

—Desde luego. El matrimonio debe tener por base una razón más profunda.

— ¿Cuál, señor Connery?

—La de que el hombre y la mujer que van a contraer matrimonio se amen.

Los ojos de Joan centellearon intensamente. La furia había hecho presa en su pecho.

—Oiga, señor Connery, no parece que usted y yo estemos destinados a ser grandes amigos.

—No, por lo visto, no.

—Entonces, le voy a pedir un favor.

—Dígame cuál y procuraré complacerla.

—Olvídese de mí, ¿quiere?

—Eso va a ser un poco difícil.

— ¿Por qué?

—Vivimos en un fuerte demasiado pequeño. Aunque no nos hablemos, yo la veré a usted y usted me verá a mí. ¿Se da cuenta? Ni yo puedo olvidarla a usted, ni usted a mí. Queramos o no, cada uno ha de contar con el otro.

—Yo no cuento con usted para nada, señor Connery.

—Está bien. Ya me voy.

— ¿No va a ver al capitán Gaynor?

—No, sólo vine a verla a usted. Cometí la insensatez de pensar que debía darle el pésame por la muerte del hombre con el que se iba a casar. Hasta la vista, señorita Wendel.

Chuck hizo un saludo con la mano y echó a andar alejándose de la joven. Joan apretó los labios formando una línea.

¿Quién se había creído que era aquel Chuck Connery para exigirle cuentas acerca de su enlace matrimonial con Ralph Evans? Ella sabía que no le iba a hacer ningún daño a Ralph, todo lo contrario, lo habría hecho feliz. Pensaba serle fiel. Ella era una mujer íntegra a ese respecto y no necesitaba que nadie le diese consejos.

—Buenas tardes, señorita Wendel.

Era el coronel.

—Ah, hola, coronel.

— ¿La molestó ese hombre? La joven parpadeó confusa.

— ¿Se refiere a Chuck Connery?

—Sí. Casualmente los vi desde la ventana de mi despacho, y no parecía que sostuviesen una conversación muy amistosa.

Joan se humedeció los labios con la lengua.

—No tiene importancia.

—Me gustaría saber si ese hombre la importunó.

—Oh, no, de ninguna forma.

La joven tomó la ropa y continuó tendiendo.

—Joan —dijo el coronel a su espalda.

Ella no se dio cuenta de que Manners estaba muy cerca. Al volver la cabeza vio su cara casi al lado.

—Diga, coronel.

—He estado pensando mucho en usted. Joan sintió un escalofrío por la espalda. Apartó «a seguida la mirada del rostro serio del coronel.

—Me preocupa mucho, Joan.

—Es usted muy amable, coronel, pero debe tener en cuenta que mi situación no es muy crítica. Permaneceré en el fuerte hasta que usted envíe esos soldados a Tucson.

—Quiero que se quede usted aquí.

—Pero, coronel...

—Usted necesita la compañía de un hombre que sepa comprenderla, que la quiera.

Ella giró la cabeza.

—Coronel, por favor, no siga.

Manners ya no podía detenerse. Llevaba dos noches sin dormir. En su mente sólo había pensamientos para Joan Wendel. Era como una fiebre que se había apoderado de él.

—Joan, yo la quiero...

—Coronel, por favor —dijo ella volviéndose hacia él.

—La amo, Joan. Quiero que sea mi esposa.

Manners le tomó las manos y las apretó fuerte.

—Coronel, me hace daño.

—Perdone, Joan, pero no he podido contenerme. No diga nada todavía y escúcheme. Le dije el otro día que yo tenía experiencia con respecto a la soledad. Siempre he estado solo, desde que llegué a este territorio. Me he pasado meses y meses sin tener el menor contacto con una mujer. Pensé que el tener una esposa y unos hijos era algo que yo no podría permitirme. Para mí el ejército lo era todo. Pero, desde que llegó usted, todo cambió. Sabré hacerla feliz, Joan. No soy como uno de esos oficiales recién salidos de West Point. Soy un hombre duro con los soldados, usted lo habrá oído decir. Joan, pero tengo una gran capacidad para ser afectivo. La quiero con todas mis fuerzas y la necesito. Palabra que la necesito, Joan.

Hubo un silencio.

Manners aflojó sus manos y Joan pudo soltarse. Estaba

conturbada. Jamás había podido imaginar que el coronel, sintiese por ella aquella pasión.

—Coronel...

—Por favor, no me llame coronel.

—Señor Manners. Me ha hecho usted un gran honor, pero no puedo aceptarlo como marido.

— ¿Cómo?

—Usted debe comprenderlo. Yo no le quiero.

—Eso no debe ser obstáculo. Usted confesó que tampoco quería al teniente Evans y, sin embargo, se iba a casar con él.

—Con Ralph existían otras razones.

— ¿Cuáles?

—Le conocía desde hacía unos años, éramos amigos.

—Yo también soy su amigo, y me puede conocer mucho mejor que a Ralph en unos cuantos días. Pero no quiero que responda ahora definitivamente, Joan. Piénselo.

La joven fue a replicar pero él hizo un gesto enérgico con la mano.

—No, Joan, ahora no. Considere qué clase de vida le espera. Tiene que pensarlo. Está sola, en un país hostil. Los apaches nos pueden atacar en cualquier momento. Y tampoco debe ir a Tucson a sacrificarse. Usted es joven, hermosa, y nadie le exigirá más de lo que pueda dar. Si quiere servir a sus país, lo puede hacer mucho mejor que atendiendo una escuela. Sí, lo hará mejor siendo la esposa de un coronel del ejército que se dispone a luchar por la supervivencia de su nación. El capitán Gaynor me ha invitado a cenar esta noche. Luego, al término de la cena, usted y yo podemos salude la cusa. Pasearemos un rato y entonces usted me dará su respuesta. Hasta luego, Joan.

Manners se alejó rápidamente hacia el pabellón donde se ubicaba su oficina. Joan quiso gritarle que esperase, pero se interrumpió.

Apretóse las sienes con fuerza.

Dios mío, ¿por qué le pasaba aquello? Estaba segura de que no había dado motivo al coronel para que pudiese pensar que ella se interesaba por él.

*

*

*

Chuck Connery estaba en la cantina, jugando a las damas con el viejo Jerry Arden, el tablero sobre el mostrador.

El sol caminaba hacia su ocaso.

Dos soldados echaban un pulso en una mesa. Una docena de hombres los rodeaban y daban gritos. Se hacían apuestas hasta de a medio dólar.

—Te toca mover a ti, Chuck.

—Sí, ya lo sé.

—Pues cualquiera lo diría. Llevas diez minutos pensando. Antes eras más rápido. ¿Qué es lo que te pasa?

—No me pasa nada, Jerry.

— ¿Es el asunto de los apaches?

—No me pasa nada.

—Oye, cuando yo juego a las damas, me olvido de lo demás. De pronto, uno de los soldados gritó:

—Eh, nena, ¿me buscas a mí? Jerry miró hacia la puerta.

—Chuck, a propósito de damas, ¿desde cuándo una de ellas con piernas entra en un local como éste?

Chuck volvió la cabeza y dio un respingo al ver a Joan Wendel.

El soldado que había lanzado el grito se dirigió a la joven dando traspiés. Se veía indudablemente que estaba borracho.

—Eh, monada, si buscas a un hombre, aquí tienes al tipo capaz de hacerte feliz. Se echó encima de ella y la joven gritó tratando de apartarlo.

Chuck echó a andar a grandes zancadas.

—Eh, Franckie, déjala.

Franckie se detuvo y osciló de un lado a otro.

— ¿Qué te pasa, Connery? Yo la vi primero. Deja de molestar o te... Chuck le pegó un sacudón con la izquierda.

El soldado llamado Franckie cayó como fulminado por un rayo, dio una vuelta de campana y quedó de bruces, dormido.

Chuck se sacudió el puño mirando a la joven.

—No debió entrar aquí, señorita Wendel. Este sólo es un lugar para acémilas, aunque quede yo mal en la comparación.

—Quiero hablar con usted.

—Si me va a pedir excusas por lo que pasó entre nosotros, no

es necesario. Está disculpada.

—No vine a eso, señor Connery.

—Está bien, empiece.

—Quiero hablarle a solas.

Chuck volvió la cabeza hacia el viejo.

—En seguida vuelvo. No se te ocurra hacer trampas.

Tomó a la joven por el brazo y salió de la cantina. Fueron hacia la izquierda y se detuvieron en la esquina.

—Señor Connery, tiene que llevarme a Tucson.

— ¿Qué es lo que dice?

—No puedo quedarme aquí.

— ¿Qué le pasa? ¿De pronto se dio cuenta de que amaba al teniente Evans y no puede resistir que esté enterrado en la colina?

—Debería abofetearle por decir eso.

—Está bien, ¿cuál es el motivo de su viaje a Tucson?

—Quiero ser maestra de la escuela allí.

— ¿Es la única razón?

—Sí.

—Pues lo siento, pero no puedo ir. Son órdenes del coronel. Nadie puede salir del fuerte. —Chuck se rascó detrás de una oreja —. Eso me recuerda algo. ¿Por qué no habla con el coronel?

Joan no hubiese querido decirlo, pero Connery la estaba obligando a ello.

—Está bien, señor Connery. El coronel me ha pedido que sea su esposa.

— ¿Qué?

—Quiere casarse conmigo.

Connery alzó la cabeza y se echó a reír.

Joan enrojeció mientras sus ojos despedían chispas de ira.

— ¿De qué se ríe?

—El duro coronel Manners convertido en un flan.

—Señor Connery, no es asunto de broma.

—No, ya imagino que no. Cuando el coronel se ha decidido a declararle su amor, debe de estar muy seguro. Siempre se burló de esas cosas. Muchas veces se permitió bromas pesadas con sus compañeros que se decidían a contraer matrimonio.

—Tiene que sacarme de aquí inmediatamente.

— ¿Por qué inmediatamente?

—Porque tengo que responder al coronel esta noche. Dentro de una hora vendrá a casa del capitán Gaynor a cenar.

Luego ha dicho que saldremos a dar un
paseo.

—Así que pensaba responderle que se fuera al infierno. Pero no se atreve y se decide por la huida. Lo siento, señorita Wendel, pero no puedo hacer nada por usted.

— ¿No me llevará a Tucson?

—Claro que no. Soy un explorador del ejército y, si hiciese tal cosa, desertaría.

—Pensé que usted podría salir para realizar alguna misión. Al fin y al cabo, ahora no hace nada.

—Salgo cuando mis superiores lo ordenan, pero no puedo estar ausente dos días. Se darían cuenta en seguida e instantáneamente sería considerado como

desertor. Además, ¿qué supone que pensaría el coronel si supiese que yo la había librado de sus garras?

—Estoy dispuesta a pagarle cincuenta dólares.

Chuck exhaló el aire de sus pulmones y dijo con voz paciente:

—Señorita Wendel, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Hágala.

— ¿Por qué pensó precisamente en mí? Aquí hay mucha gente, entre ellos, tres o cuatro paisanos.

—Imaginé que usted es la persona más indicada, puesto que es un explorador y
conoce la región.

—Sí, no está mal, pero ya sabe mi respuesta.

—Me hago cargo, señor Connery. Creo que he sido un poco tonta. Debí suponer que ni usted ni nadie querría ayudarme.

—Sólo usted puede ayudarse a sí misma en esta ocasión. Diga al coronel que
elija otra mujer. Al fin y al cabo, sólo le dirá la verdad.

Ella se mordió el labio inferior con fuerza y sacudió la cabeza de arriba abajo.

—Sí, señor Connery, tiene razón. De todas formas, gracias por todo, y disculpe que haya interrumpido su partida de damas.

—No hay de qué.

La joven dio media vuelta y se encaminó a la casa del capitán Gaynor.

Chuck se la quedó mirando con la cabeza ladeada. Finalmente recuperó el movimiento y entró en la cantina.

Jerry continuaba tras el tablero de damas. Le seguía tocando mover a Chuck, pero Jerry dijo:

—Bueno, ahí va.

Tomó una ficha y se puso a dar saltos comiéndose las cuatro de Connery.

—Te gané, muchacho. Tendrás que afinar la puntería la próxima vez.

Connery estaba como ausente porque seguía pensando en lo que le había dicho Joan Wendel acerca del coronel. Y ahora, en su cerebro se agolpaban, confusas, las ideas que la muerte del teniente Evans le sugerían.

CAPÍTULO VIII

Joan Wendel estaba muy nerviosa.

Ya estaban comiendo el segundo plato.

El coronel Manners parecía muy optimista. De vez en cuando, le dirigía una profunda mirada, porque ambos estaban enfrentados.

Contaba anécdotas de su vida militar, que eran muy celebradas por los esposos Gaynor.

Ella sonreía también, aunque no tenía ganas de hacerlo. Temía aquel momento, que llegaría por sus pasos contados cuando el coronel la invitase a dar un paseo fuera de la casa. Pero ya estaba decidida a decirle la verdad, tal como le había aconsejado Chuck Connery.

Después de todo, era la misma contestación que día cuando le declaró su amor en el tendedero.

Pero el caso era que se encontraba en aquella situación enojosa. Hubiese dado años de su vida por no enfrentarse con Manners.

Llegaron a los postres y Joan creyó morirse.

Se levantó para servir el café, a pesar de que la señora Gaynor le rogó que se quedase a la mesa.

Necesitaba un respiro en la cocina.

¿Y si simulaba estar enferma? Bastaría con una pequeña jaqueca. Oh, no, eso sería una cobardía. El coronel supondría que lo hacía por él y eso sería peor. Al día siguiente, se encontraría enfrentada al mismo problema.

¿No le había enseñado su padre a tomar decisiones rápidas?

Llegada a esta conclusión, respiró profundamente y volvió a la mesa con la bandeja del café.

—Señorita Wendel, hace muy buena noche —oyó decir al coronel—. Quizá quiera pasear un poco.

—Sí, coronel Manners...

— ¿Vienen ustedes? —preguntó Manners por deferencia.

—Oh, no —dijo la señora Gaynor—. Herbert y yo necesitamos hablar de asuntos domésticos.

La joven y el coronel salieron de la casa.

Ella sentía que el corazón le golpeaba contra las costillas.

Manners había encendido un cigarrillo. Caminaron en silencio, dando la vuelta a la casa. De pronto, Joan sintió que Manners la sujetaba por el brazo.

—Joan —dijo.

En aquel momento surgió una sombra a la derecha.

—A sus órdenes,

coronel.
Era
Chuck
Connery.
El coronel se sintió lleno de rabia.
— ¿Qué pasa, señor Connery?
—Necesito hablar con usted urgentemente.
— ¿Sobre qué cosa?
—Lo siento. Asunto personal.
—Está bien, preséntese mañana en mi oficina.
—Disculpe, pero ha de ser ahora.
—Muy bien. Hable.
—Le repito que es algo personal.
El coronel titubeó. Por fin, dijo a la joven:
—Disculpe, señorita Wendel. Sólo serán unos minutos. Espéreme aquí. No hace falta que vuelva a la casa. Hace una noche muy hermosa.
Chuck intervino:
—Sería mejor que esperase dentro porque quizá pesque un resfriado.
— ¿Quién le preguntó, señor Connery? —exclamó el coronel, cada vez más furioso.
—Yo sólo lo decía por si la señorita Wendel se enfría.
—Deje de preocuparse por la señorita Wendel. Sígame.
Chuck se apartó unas yardas y el coronel fue tras él. Un poco más allá, Connery se detuvo y el coronel casi tropezó con él.
—Está bien, Connery. ¡Hable de una vez por todas!
—Fui a ver a Rayo de Luna.
— ¿Rayo de Luna...?
—La india apache que era amiga de Stanley Sullivan.
— ¿Y qué?
—Me ha dicho algo muy interesante y pensé que a usted le gustaría saberlo.
— ¿Es que no podía esperar a mañana, señor Connery?
—No, creo que no. —Chuck hizo una pausa—. Los apaches de Mangas Coloradas se dirigen hacia la frontera de México.
—Estupendo. Eso quiere decir que usted fracasó en su hipótesis y que la mía era la buena. Los apaches de Mangas Coloradas quieren trasladarse al país vecino, como Cochise.
—No, señor.

—No, ¿por qué no?

—Rayo de Luna oyó conversaciones entre dos apaches. Según ellos se dirigen hacia la frontera de México para salir al encuentro de Cochise.

—Continúe.

—Cochise vuelve a nuestro país para seguir la guerra y los apaches de Mangas Coloradas, se le unirán para incrementar sus fuerzas. Salió como yo dije, coronel.

—Señor Connery, no sé cómo soporto sus impertinencias. Está sacando conclusiones por su propia cuenta.

—Le repito que me lo dijo Rayo de Luna.

— ¿Cómo puede dar crédito a una mujer como esa india?

—Le pido autorización para ir a hablar con Cochise.

—No, señor Connery.

—No comprendo su negativa, señor.

— ¿Desde cuándo un coronel tiene que explicar sus decisiones a un explorador?

—Lo siento, señor, pero yo creo que...

— ¡Me importa un rábano lo que usted crea, señor Connery! Sus servicios son necesarios en el fuerte. No puedo dejar que se marche cuando su ausencia se podría prolongar una semana o dos.

—Podría ir y volver en cuatro o cinco días.

—Usted se quedará en Fuerte Riley. ¿Queda entendido?

—Sí, señor.

—Y otra cosa, Connery, procure no molestarme cuando estoy en compañía de una señorita. Retírese.

—A la orden, coronel —dijo Chuck con los dientes apretados. Hizo un saludo y se alejó de allí.

Manners soltó un ex abrupto. ¿Por qué a aquel estúpido se le había ocurrido acercarse a aquellos momentos, cuando iba a pedirle una respuesta a Joan?

Regresó al lugar donde había dejado a la joven. Ella estaba apoyada en la pared.

—Lo siento, Joan. Son los inconvenientes de ser el jefe de este fuerte. Cualquier cosa que se les ocurre a los que están bajo mis órdenes quieren consultarlo conmigo.

—Coronel, no me voy a casar con usted.

Joan tenía aquellas palabras preparadas. Se las había repetido media docena de veces mientras esperaba a que Chuck Connery hubiese terminado de hablar con el

coronel Manners.

—Joan, no puede hacer eso conmigo.

—Lo siento, coronel, pero es mi única respuesta.

—Le he dicho que la quiero a usted con toda mi alma.

—Y yo se lo agradezco mucho, coronel, como ya le dije antes, pero no puedo ser su esposa. Buenas noches, señor Manners.

El coronel no siguió a la joven cuando ella echó a correr hacia la casa. No podía mover las piernas. Tenía la impresión de que alguien le había pegado un mazazo en la nuca.

*

*

*

Joan corría hacia la casa de los Gaynor cuando tropezó con un hombre. Fue a dar un grito y una mano le cubrió la boca.

—Cuidado, señorita Wendel. El coronel todavía la puede oír. Era Chuck Connery.

El apartó la mano de los labios femeninos.

— ¿Vino usted intencionadamente para ayudarme?

—Sí, desde luego. Tenía que darle un informe al coronel, pero se lo debí dar hace una hora.

—Gracias, pero ya no hacía falta su colaboración,

— ¿No?

—Estaba decidida a decirle la verdad al coronel.

— ¿Se la dijo?

—Sí, desde luego.

— ¿Cómo reaccionó?

—Le sentó muy mal.

—Cabía suponerlo.

—Señor Connery, me va a ser muy difícil continuar en este fuerte.

—Sí, lo comprendo, pero tal como están las cosas, no podría ir a otra parte.

—Debo hacerlo.

—Tenga un poco de paciencia. A la primera oportunidad que se presente de marcharse, la aprovecharemos.

—Entonces ¿promete ayudarme?

—Sí.

—Gracias, Chuck —sonrió ella—. Creo que voy a dormir tranquila, pensando que al fin tengo aquí un amigo en usted. Buenas noches.

La joven desapareció en la casa del capitán Gaynor y Chuck se fue hacia la cantina silbando una cancioncilla.

CAPÍTULO IX

Habían pasado cinco días.

Joan no había vuelto a ver al coronel, pero se encontró tres veces con Chuck Connery. Siempre fue de noche. Después de la cena se había acostumbrado a salir a dar un paseo. Chuck se unía a ella como si fuera algo espontáneo, sin haber acordado la cita.

Ella le contó a él su niñez, su juventud, y él también le explicó cosas de su vida. Entre ambos se había establecido una amistosa comunicación sin siquiera darse la mano.

Era media mañana.

Chuck Connery se dirigía a la cantina, cuando uno de los centinelas se puso a dar gritos.

— ¡Dos jinetes! ¡Se acercan dos jinetes! Parece que uno está herido.

Chuck se desvió hacia la puerta.

— ¡Abra rápido! —dijo el centinela.

Dos soldados ya estaban quitando la barra de hierro de la puerta. Al abrir, Chuck vio a los dos jinetes.

Comprendió en seguida que uno de ellos estaba herido.

Eran dos paisanos. Identificó a uno. Era Jackie Farnum, un buscador de oro.

—Eh, Chuck —gritó Farnum—. ¿Qué infiernos les hicisteis a los apaches? Chuck se echó el sombrero sobre la nuca.

Cuando los dos jinetes estaban más cerca, preguntó:

— ¿Quién es tu compañero, Jackie?

—Chase, Midway.

También conocía a Chase, aunque hacía cuatro años que no lo veía. Suponía que había ido a parar a la cárcel. Chase era un ladrón y robaba cuanto encontraba en su camino.

Los dos jinetes entraron en el fuerte.

Chuck le echó una mano a Midway.

Como muchas veces ocurría, el herido, al llegar a su destino, se vencía. Es lo que pasó ahora. Midway se dejó caer, y se habría golpeado contra el suelo de no ser por Connery.

Farnum ya había bajado de la silla. Era un tipo de cabello y barba del color del azafrán.

Midway tenía una herida de bala en la espalda. Chuck observo su cara muy pálida y se dio cuenta de que nada se podía hacer por él.

Jackie Farnum también se había acuclillado.

— ¿Dónde fue? —preguntó Chuck.

—A ocho millas de aquí —contestó Jackie—. Nunca n tantos apaches juntos. Dios mío, casi cubrían el sol.

—No exageres, Jackie.

—Te juro que es cierto.

Midway te lo puede decir.

Chase Midway movió los labios.

—Sí, Chuck. Eran miles. Con pinturas de guerra. Me sorprendieron una docena de ellos. Levanté la mano para indicarles que era un hombre de paz. Qué estúpido… Me contestaron con una granizada de balas. Pero pude librarme de la primera. Eché a correr y entonces fue cuando me acertaron...

Jackie tomó la palabra.

—Cuando lo encontré, dijo que lo habían herido hacía diez minutos. Levanté los ojos y vi los apaches que venían detrás. Te lo juro Chuck, eran una auténtica nube. Midway y yo echamos a correr como demonios. Menos mal que cuando estábamos a tres millas del fuerte decidieron no seguir adelante. Fue lo que nos salvó.

—Jackie, ¿quiénes eran los apaches?

—Es lo que no comprendo. Vi apaches de Mangas Coloradas.

Tú ya sabes que son fáciles de reconocer, con sus rayas coloradas en las mejillas. Pero también habían
de Cochise, con rayas verticales. Nunca los vi juntos... Maldita sea, imagino que es una trampa.

—No, Jackie, no es ninguna trampa...

Chase Midway exhaló el aire de los pulmones y dobló la cabeza.

—Ha muerto —dijo Chuck, y lo dejó en el suelo.

Se levantó lleno de rabia, los puños cerrados contra los muslos. Ya se había producido lo que imaginó. Cochise había reunido bajo su mando a los .guerreros de Mangas Coloradas.

El capitán Gaynor y dos soldados se acercaban rápidamente.

— ¿Está el coronel en su despacho, capitán? —preguntó Chuck, con voz ronca.

—Allí lo dejé hace un momento, pero ordenó que no se le molestase.

—Gracias —dijo Chuck, y echó a andar hacia la oficina.

—Eh, Connery, ¿es que no me ha oído? Chuck no presto atención. Continuó andando resueltamente.

Poco después, abría la puerta del despacho del coronel, sin llamar. Manners estudiaba unos documentos y levantó la mirada.

— ¿Le ordené yo que entrase aquí, Connery?

—No, señor, pero se trata de un caso urgente.

—Conozco sus casos de urgencia.

— ¿Vio a las personas que acaban de llegar al fuerte?

—Sí, los vi —dijo el coronel mientras prestaba atención a los documentos—. Un estúpido buscador de oro, Jack Farnum, y un miserable ladrón, Chase Midway.

—El miserable ladrón acaba de morir.

—Nada se pierde con eso.

—Coronel, Midway fue alcanzado por una bala de los apaches. Jackie también los vio. Eran miles. Entre ellos había guerreros de Mangas Coloradas y de Cochise.

—Sí, ya sé qué clase de mentiras pueden soltar un buscador de oro y un ladrón.

— ¿Piensa en serio que pretenden engañarnos?

El coronel contestó, todavía sin alzar la mirada:

—Lo que trato de sugerirle, es que hombres como Midway y Farnum acostumbran a exagerar las cosas. Cuando Jackie encuentra un poco de polvo de oro en la orilla de un riachuelo, está dispuesto a jurar que es el mayor filón de la tierra, y en cuanto al difunto señor Midway, recuerdo que hace unos seis años nos robó

medio almacén de provisiones y juró que sólo se había llevado una lata de conservas para ayudar a matar el hambre a una pobre familia india.

—Coronel, yo creo firmemente en lo que han dicho. No quiero rivalizar con usted recordándole nuestras distintas opiniones. Olvídese de que le advertí lo que iba a pasar. El caso es que ya ha ocurrido.

El coronel pegó un puñetazo a la mesa y se puso en pie de un salto.

—Señor Connery, estoy harto de usted, hasta ahora lo soporté gracias a su eficiencia.

—Gracias, coronel, es el mejor halago que me puede hacer. Si antes era eficiente, imagino que también lo soy ahora. Le repito que Cochise manda ahora sobre sus guerreros y los de Mangas Coloradas.

Manners apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—No colme mi paciencia, señor Connery, o lo mando al calabozo.

— ¿Es ésa su forma de hacer frente al peligro?

— ¡Connery! —gritó Manners, hinchadas las venas del cuello.

Chuck respiraba también entrecortadamente, porqué la ira se había apoderado de él y le nublaba el cerebro.

En aquel momento llamaron a la puerta.

— ¿Qué diablos pasa? —exclamó el coronel, exasperado.

—Coronel —dijo una voz, la del capitán Gaynor—, acaba de llegar el mensajero que envió al general Conway. Trae un despacho para usted.

— ¡Que pase inmediatamente!

Se presentó un soldado sudoroso y cubierto de polvo. El capitán entró a continuación.

—A la orden, mi coronel.

—Entrégueme su despacho, soldado.

—Sí, señor.

El soldado alargó una carta, que estaba sellada.

Manners rasgó el sobre con dedos nerviosos. Sacó un papel, que leyó para sí. Al instante su rostro se transfiguró.

—Caballeros, buenas noticias para ustedes —dijo sonriendo. Al fin vamos a luchar en una guerra auténtica. El general me autoriza para dejarlo en el fuerte con cincuenta hombres, capitán. Yo partiré con el resto para luchar contra los confederados.

—Coronel, usted no puede hacer eso —dijo Chuck Connery. Los ojos de Manners se agrandaron.

— ¿Qué es lo que dice?

—En las actuales circunstancias, no puede dejar el Fuerte Riley. Los apaches lo asaltarían, haciendo una carnicería.

—No le he pedido su opinión.

—Sin embargo, debo rogarle que reconsidere lo que acaba de decir.

— ¡No hay nada que reconsiderar, señor Connery! ¡Y sepa de una vez por todas que es usted un insignificante explorador del ejército! —Enarboló el papel que acababa de recibir—. Esta es la orden de un general. ¿Acaso quiere que desobedezca al general Conway y tenga en cuenta sus ridículas observaciones?

En aquel momento llegaron por la ventana gritos procedentes del patio. Era uno de los centinelas de la puerta, que avanzaba corriendo.

Al acercarse más lo oyeron con claridad.

— ¡Capitán Gaynor! ¡Coronel...!

¡Indios...! ¡Apaches! Hubo un

silencio en la estancia.

—Gaynor, entérese de lo que pasa —dijo el coronel con voz fría.

Gaynor salió de la estancia, pero tardó muy poco en reaparecer, en compañía del centinela.

— ¿Qué es lo que pasa, soldado? —dijo el coronel—. ¿Es que se ha vuelto loco para dar tales gritos?

—Lo siento, coronel, pero yo mismo los acabo de ver. Me refiero a los apaches. Son un grupo muy numeroso. Nunca vi tantos. Vienen por el este. Los observé con mis anteojos. Y debo decirle algo. Vi a guerreros de Mangas Coloradas junto a guerreros de Cochise...

El rostro de Manners había palidecido visiblemente.

Sus ojos se encontraron con los de Chuck, que permanecía en silencio.

— ¡Capitán! —dijo al fin el coronel—. ¡Enseñaremos a esos puercos apaches cómo pelea el ejército de los Estados Unidos! ¡Todo el mundo a sus puestos!

CAPÍTULO X

El coronel Manners observó a los apaches con sus anteojos de campaña.

Se encontraba en una de las torrecillas, flaqueado por el capitán Gaynor y Chuck Connery.

El panorama que se ofrecía ante ellos era realmente impresionable.

Los apaches se habían acercado mucho al fuerte. Estaban a dos millas, instalando su campamento.

Manners bajó los anteojos, reflejando en su rostro una gran contrariedad.

—Señor Connery.

—Diga, coronel.

— ¿Qué posibilidad hay de que vaya usted al campamento apache y vuelva con vida?

—Disculpe, pero esa pregunta no me la debía hacer a mí, si no a Cochise.

—Se la hago a usted, Connery.

—Entonces le daré otra respuesta, coronel. Preferiría que me diese la orden de ir al campamento de Cochise.

Los ojos de Manners se convirtieron en dos rendijas de furia.

—Vaya al campamento de Cochise, Connery.

—Sí, coronel. Pero, ¿qué es lo que tengo que decirle?

—Sólo quiero conocer sus intenciones.

—Las intenciones de Cochise son claras, coronel Manners. Quiere reducir a cenizas el fuerte Riley y pasar a cuchillo a todos sus defensores.

— ¡Basta, señor Connery! Me pidió una orden y yo ya se la di. ¡Cúmplala!

—A la orden, coronel.

—Dígale a Cochise que no quiero verlo ahí mañana al amanecer. Dígale que si no me obedece exterminaré a su pueblo. Dígale que no dejaré un apache sobre la faz de la tierra...

Chuck bajó la torrecilla por la pronunciada escalera.

Fue al establo para ensillar su caballo, pero cuando iba a entrar, oyó una voz que lo llamaba por su nombre.

Era Joan Wendel.

—Hola, Joan.

—He visto los apaches.

— ¿Cómo se las arregló?

—Un centinela me dejó subir a una de las torres. Imagino que es lo que usted ha estado esperando durante estos últimos días.

— ¿Por qué dice eso?

—Lo dio a entender por su forma de hablar.

—Está bien, eso es lo que esperaba. Y ahora, adiós, Joan, tengo que hacer.

— ¿Adónde va?

—A dar un paseo.

— ¿Se refiere a salir del fuerte?

—Sí, y no me pregunte por qué lo hago. Es una orden del coronel. La joven parpadeó llena de asombro.

—Pero esos apaches lo matarán.

—Es posible.

—No debe ir, Chuck.

—Oiga, Joan, soy un explorador del ejército, y si un superior me dice que debo subir a la más alta montaña, yo debo obedecer.

—Será un suicidio.

—Soy amigo de Cochise.

—He oído decir que esos indios no respetan ninguna clase de amistad cuando están en pie de guerra.

—Sí, no acostumbran a hacerlo, pero quizá yo tenga suerte. Y ahora, ¿me deja cumplir con mi deber...?

La joven se mordió el labio inferior con fuerza.

—No debe cumplir la orden del coronel. Usted mismo la considera fuera de juicio.

Se equivoca. Le diré algo en secreto, Joan. Tengo más interés que el coronel en ir al encuentro de Cochise. Pero, hágame un favor. No se lo diga a nadie.

Chuck entró en el establo. Cuando salió montado en el caballo, Joan se había alejado un poco.

Ella le hizo un saludo con la mano y él le correspondió con otro.

Los centinelas de la puerta ya estaban avisados y le franquearon la salida. Chuck emprendió el galope hacia el campamento de los apaches.

Había recorrido una milla cuando le hicieron un disparo.

La bala silbó por encima de su cabeza. Era un aviso para que se detuviese.

De pronto, de una depresión del terreno brotaron una docena de apaches, montados en caballos.

Aquellos indios tenían una habilidad especial para esconder sus cabalgaduras en los hoyos. Tenían a su favor que los animales eran de patas cortas, casi enanos. Algunos guerreros manejaban rifles, otros escopetas 30-30, y también los había que utilizaban arcos y flechas, como sus antepasados.

Chuck levantó las manos, ya que el resistirse significaba la muerte segura. Los indios lo rodearon rápidamente.

Chuck leyó en sus ojos deseos de matar.

—Quiero hablar con Cochise —dijo rápidamente.

Un apache de buena talla y rostro que parecía de bronce, se acercó a él manejando un 44.

Se detuvo a dos yardas y le apuntó al pecho con el revólver.

—Vas a morir, perro blanco.

—He dicho que quiero hablar con tu jefe.

—Yo llevaré hasta él tu cuero cabelludo. Sus palabras fueron coreadas por risas de los otros apaches.

—Soy amigo de tu jefe —repuso Chuck—. Si me matas, tendrás que rendirle cuentas a él. Y estoy seguro de que no tardarás en seguirme.

El apache había arqueado el dedo en el gatillo, pero se interrumpió al oír aquellas palabras.

— ¿Cuál es tu trampa, perro blanco?

—Puedes quitarme las armas si crees que soy un traidor.

El fiero apache titubeó unos instantes. Por último dio una orden en su lengua. Dos indios fueron por detrás de Chuck, y lo despojaron del revólver y del rifle.

—Te llevaremos al campamento, pero de todos modos, morirás —dijo el que parecía el jefe del grupo.

Inmediatamente, emprendieron la marcha.

Los apaches que rodeaban a Chuck, al llegar al campamento, se pusieron a dar gritos, para celebrar la victoria de haber capturado a un prisionero.

La tienda del jefe ya estaba levantada.

Chuck reconoció a los guerreros de la guardia personal de Cochise. Eran los más altos de las tribus y sus dibujos de la cara tenían algo especial, unas rayas ver des intercaladas entre las blancas.

—Baja del caballo —ordenó el jefe que lo había capturado. Chuck saltó de la silla.

A derecha, e izquierda pasaban jinetes que hacían piruetas, demostrando su habilidad en la monta.

De la tienda del jefe salió un hechicero, cubierta la cabeza con grandes plumas. Quizá tendría ochenta o noventa años porque su piel era un puro pergamino. Dio un chillido mientras alargaba el brazo señalando a Chuck.

Connery conocía la lengua apache, por lo cual supo lo que decía. Era un enemigo que debía ser atormentado.

Los apaches que lo rodeaban se pusieron a dar gritos de alegría. Dos se precipitaron sobre Chuck y lo atraparon por los brazos.

Connery tampoco se resistió ahora.

—Quiero hablar con Cochise —exclamó.

El hechicero se plantó delante de él, riendo, mostrando unas encías en las que conservaba muy pocos dientes.

—Gran jefe no hablar contigo. Tú traidor.

— ¡Cochise...! —gritó Chuck.

Pero su llamada no sirvió para nada porque Cochise no salió de la tienda. El hechicero rió y soltó un sonido gutural.

Los dos apaches lo arrastraron, alejándolo de la tienda del jefe. En un momento, Chuck fue arrimado a un poste donde los apaches lo ataron. Otros amontonaron hojarasca y hierba seca a sus pies.

Chuck estaba lleno de furia.

Había pensado muchas veces que un día u otro podía morir, y que, con toda probabilidad, sería una bala, una flecha o una lanza la que acabaría con su vida. Pero no había entrado en sus cálculos morir achicharrado.

— ¡Cochise...! —gritó hacia la tienda del jefe—. ¡He venido a hablar contigo! ¡Soy Chuck Connery! ¡Me dijiste que te quedarías en México! ¿Es así como cum ples tus juramentos? ¡Eres falso y traidor como serpiente de cascabel! Tus padres y los padres de tus padres te estarán maldiciendo porque los deshonras.

El hechicero ya manejaba la tea encendida. Se disponía a prender fuego a las ramas más secas que había a los pies de Chuck, cuando salió de la tienda Cochise, el gran jefe apache.

Era un hombre muy alto, que aventajaba en varias pulgadas a cualquier otro guerrero, incluidos los de su guardia personal.

Chuck sabía que Cochise contaba con treinta años de edad. Su piel era distinta a la de los otros apaches porque era más oscura y brillante; los ojos, negros, que relampagueaban cuando se detenían en un punto. Sus músculos estaban tensos y daban la impresión de que se dispararían, provocando en aquel cuerpo una diabólica elasticidad. Se cubría con pantalones y mocasines.

Poseía manos fuertes, de dedos largos. Levantó una de ellas, la derecha, y en aquel lado del campamento se produjo un silencio.

Entonces, Cochise avanzó hacia el poste del tormento.

El hechicero continuaba manejando la tea encendida. Dijo algo que Chuck no comprendió. Cochise dijo en la lengua de Connery: —Dejaré hablar al prisionero...

El hechicero fue a replicar, pero bastó una mirada de

Cochise para que se retirase unos pasos.

Chuck sonrió.

—Gracias por venir, Cochise.

El rostro del jefe apache permaneció inmutable. —Has dicho que soy un traidor, como serpiente de cascabel.

—Sí, es cierto.

—Te arrancaré la lengua antes de que el fuego acabe contigo. Cochise hizo un rápido movimiento y desenvainó el cuchillo.

—Yo mismo te cortaré la lengua, Connery.

— ¿Qué te pasa, Cochise? ¿Por qué has cambiado tanto desde que hablé contigo en México? Me recibiste en son de paz, cazamos juntos, comimos juntos y nos reímos juntos. Te aseguré que el Ejército de los Estados Unidos no quería luchar contigo ni contra otro indio. En el gran país blanco hay ahora una guerra que se ventila entre hermanos. Yo pertenezco al bando que tienen la razón lo mismo que los soldados que veis por esta tierra. Queremos luchar contra el otro bando contra el que no tiene la razón. Por eso te ofrecí la paz con la promesa de mantenerla siempre.

—Vosotros fuisteis los traidores. Lo fuisteis con mi hermano de raza Mangas Coloradas.

—No, Cochise.

—Tu coronel ese chacal que hay en ese fuerte mató a Mangas Coloradas y a los apaches que lo acompañaban. Y los mató cuando iban a celebrar una conferencia de paz.

—De acuerdo, Cochise. Pero lo hizo en legítima defensa.

Los ojos de Cochise se agrandaron.

—Tú mientes como tu coronel. Yo creí que tú serías distinto, Connery, pero me equivoqué. Por eso la muerte que te destino es la que te mereces. —Cochise se volvió hacia el hechicero, que esperaba con la boca babeante la orden de intervenir.

—Cochise —gritó Chuck—. ¿Qué sabes tú de la muerte de Mangas Coloradas? No puedes asegurar que el coronel es un traidor. Tú no puedes saber nada de lo que realmente pasó allí porque no hubo supervivientes. Todos murieron, Mangas

Coloradas y los cinco guerreros que lo acompañaron al Paso del Buitre.

Cochise se contuvo antes de dar la última orden al hechicero. Volvió la cabeza hacia Chuck.

—Tú y el chacal del coronel creísteis que no hubo supervivientes.

— ¡No los hubo! —repitió Chuck.

—El coronel y tú os equivocáis. Hubo un superviviente. Connery arrugó el ceño.

— ¡No es cierto...! —gritó.

—Un apache estaba escondido tras las rocas. Mangas Coloradas tuvo razón al ponerlo allí. No creía en la palabra del coronel Manners.

—Si ese apache estaba escondido, ¿por qué no intervino en la lucha? Anda, dímelo.

—Mangas Coloradas se lo prohibió.

— ¿Qué dices?

—Mangas Coloradas, supuso que, si eran sorprendidos por el coronel y los suyos, no serviría para nada la fuerza de un apache más. Dio orden a su espía de que, si pasaba algo malo para ellos, echase a correr. Fue lo que hizo, y por eso lo vio todo. El coronel Manners y sus chacales atacaron por sorpresa a Mangas Coloradas y los otros apaches.

Chuck estaba apretando los dientes. Ya había imaginado lo que debió ocurrir realmente en el Paso del Buitre. Pero una y otra vez se repetía que él podía estar equivocado. En realidad, aquélla era la única razón que había tenido para salir del Fuerte Riley y hablar con Cochise. El coronel Manners lo había enviado al campamento indio con la esperanza de que lo matasen, y de eso tampoco podía tener ninguna duda, conociendo las costumbres de los apaches, que no aceptaban los parlamentarios cuando estaban en pie de guerra.

—Lo siento, Cochise.

— ¿Me crees?

—Sí, te creo.

—Te falta saber algo, Connery. Tu coronel es el mayor canalla de todos los jefes que el gran padre blanco de Washington nos envió. Mató a uno de sus propios hombres...

—Explícame eso, Cochise.

—El espía de Mangas Coloradas vio cómo un soldado, que también estaba escondido, disparaba contra un teniente. Luego, lo

vio huir hacia Fuerte Riley...

Chuck levantó la cara como si necesitara llevar oxígeno a sus pulmones.

Todo quedaba explicado. Sí, tampoco Cochise le engañaba ahora. El coronel

Manners había decidido matar al teniente Evans, creyendo que así tenía el camino libre para llegar hasta Joan Wendel.

—Cochise, me tienes que dejar libre.

—No, ya te he dicho que vas a morir.

—No sé nada de lo que hizo el coronel. Confieso que había imaginado algo, pero yo no tenía ninguna prueba.

— ¿Qué es lo que pretendes hacer?

—Ajustarte las cuentas al coronel.

—Tú no puedes hacer eso. Eres sólo un explorador.

—Te doy mi palabra de que se las ajustaré, a pesar de todo... Cochise tenía los ojos clavados en los de Connery.

—Es otro engaño tuyo. Sólo quieres salvar la vida. Luego, volverás al fuerte, y

desde allí, matarás a muchos apaches. Sé que eres uno de los mejores guerreros. Te conozco bien, Connery. Si te mato ahora, muchos de mis hombres me deberán la vida. No tengo más remedio que matarte.

Cochise dio dos pasos hacia el hechicero y le quitó la tea.

Entonces, desando el camino, se acercó al poste de los tormentos y se agachó para prender fuego al ramaje que rodeaba a Chuck Connery.

CAPÍTULO XI

—Cochise —dijo Chuck Connery—. No puedes llevar tu pueblo a la destrucción.

—Voy a llevarlo a la victoria.

—Tú eres un hombre inteligente, Cochise... Sabes que no podrás vencer *a* los uniformes azules.

—Barreré ese fuerte... ¿Lo oyes? Mañana mismo no habrá ahí ningún superviviente, Y esta vez, te juro que será cierto. ¡No habrá ninguno!

—Sí, Cochise, es posible que lo consigas. Arrasarás el fuerte. Matarás a todos los que encuentres allí, a hombres, a mujeres y a niños. Pero con eso no habrás logrado la victoria. Un día u otro llegarán más uniformes azules y, entonces, ellos os barrerán a vosotros. Tú lo sabes bien, Cochise. Has meditado y conoces cuál va a ser el fin de tu pueblo, pero tú te crees arrastrado por el destino. Piensas que nada ni nadie puede evitar que tu pueblo se extinga. Sin embargo, yo te digo que te equivocas. Puedo hacer que el coronel Manners y los que intervinieron en la matanza del Paso del Buitre, reciban su castigo. Entonces, no será necesario que arraséis el fuerte, y tampoco el pueblo apache estará en peligro de extinguirse. Tú podrás volver a México, a aquellas buenas tierras que elegiste para pasar los próximos años, y podrás llevarte contigo a los apaches de Mangas Coloradas. Cuando la guerra de mi país haya terminado, podréis volver, porque entonces habrá llegado la hora de firmar un auténtico tratado de paz entre tu pueblo y el mío...

Cochise había detenido la tea a unas pulgadas de la hojarasca. Una parte de ésta se prendió porque Cochise había quedado absorto. Los apaches lanzaron gritos de alegría y se pusieron a danzar.

Chuck vio cómo las llamas ganaban en tamaño a sus pies.

De repente, Cochise se puso a patear las ramas que habían prendido. Tomó algunas de éstas con sus propias manos y las arrojó lejos de sí, a la tierra. Poco a poco los danzarines fueron quedando quietos y las gargantas enmudecieron.

Cochise fue por detrás de Chuck y le cortó las ligaduras con su cuchillo.

Connery se frotó las muñecas y apartóse del poste en que había estado a punto de morir.

Diese la vuelta y sus ojos se encontraron de nuevo con los de Cochise.

—Connery, atacaremos mañana al amanecer. El coronel Manners y los hombres que lo ayudaron deben morir. Conozco vuestros procedimientos y los respetaré en esta ocasión. No quiero matar al coronel Manners ni a ninguno de sus perros asesinos.
—Cochise hizo una pausa—. Vosotros los mataréis como acostumbráis a hacerlo, en
la horca. Mañana al amanecer, quiero ver colgado al coronel Manners y a los hombres

que intervinieron en la masacre del Paso del Buitre. Han de colgar de la parte más alta del fuerte, para que todo mi pueblo les vea. Si eso ocurre, mi pueblo desfilará ante sus cadáveres y, entonces, emprenderemos el regreso a México. Ningún apache quedará aquí. Estaremos tres años en México y vosotros podréis luchar contra el bando que no tiene razón. Y dentro de tres años volveremos, si vuestra guerra ha terminado, para firmar un tratado de paz entre mi pueblo y el tuyo. Pero, recuérdalo, Connery, sólo podrá hacerse eso si el coronel Manners y sus chacales son ahorcados. Ahora no digas nada. No quiero escucharte. ¡Vete!

Chuck, silenciosamente, se dirigió a donde estaba su caballo y lo montó de un
salto.

—Quiero mis armas, Cochise —dijo. El jefe hizo una señal.

Dos guerreros sé acercaron a Chuck. Uno le devolvió su revólver y el otro el rifle. Entonces, Connery, sin decir nada más, dirigió su montura al fuerte.

Los guerreros que lo habían traído, lo acompañaron, pero no pasaron de la depresión desde la que lo sorprendieron.

Chuck continuó solo hacia el fuerte. El pulso le latía en las sienes.

Debía enfrentarse con la más difícil situación de su vida. Tenía grabadas en su mente cada una de las palabras que había pronunciado Cochise.

La puerta del fuerte le fue abierta y pasó al interior.

Los soldados estaban dispuestos en situación de combate a lo largo de la empalizada.

Vio al sargento Luke Hamilton en una de las torretas. Era un tipo de cara alargada y piel cetrina, que exhibía una cicatriz en la sien derecha.

El sargento le dirigió una sonrisa.

Chuck sabía que el sargento nunca había simpatizado con él.

El capitán Gaynor bajó de una de las torretas y se le acercó rápidamente.

—Chuck, creí que no volverías. Te estuve viendo con mis anteojos. ¿Qué pasó? ¿Cómo te las pudiste arreglar para que Cochise te dejase en libertad?

—Capitán, en este fuerte hay un grupo de traidores. Gaynor borró la sonrisa de sus labios.

— ¿Qué estás diciendo, Chuck?

—Me refiero al coronel Manners y a los hombres que lo acompañaron al Paso del Buitre. Cometieron un asesinato en masa.

—Connery, estás diciendo la mayor tontería que he oído en mi vida. Ya sé, fue cosa de Cochise.

—Sí, me lo contó Cochise, pero ya le dije a él que le creía y

todavía no he cambiado de opinión. Capitán, hemos de tomar una decisión importante para salvar este fuerte y a sus habitantes. Cochise exige que el coronel Manners y sus cómplices sean _ ahorcados, y expuestos sus cadáveres para que sean vistos por todo el pueblo apache.

— ¿Es que te has vuelto loco? ¿0 Cochise te hizo beber un brebaje?

—Usted dice que me estuvo siguiendo con los anteojos. Habrá visto que Cochise no me dio a beber nada.

—Entonces, pillaste una insolación.

—Capitán, usted y yo tenemos que estar unidos.

—Connery, voy a hacer algo en tu favor. Olvidaré cuanto me has dicho. Ahora vete a informar al coronel Manners. Nos está vigilando desde su ventana.

El capitán Gaynor fue a girar para regresar a la empalizada.

—Espere un momento, capitán.

Gaynor hizo chascar la lengua.

— ¿Qué pasa ahora?

—Él coronel Manners eligió a un soldado de este fuerte para asesinar al teniente Evans.

— ¿Eh?

—Ha oído perfectamente.

— ¡Lo que yo te dije, estás loco! —exclamó el capitán Gaynor y, volviéndose, se alejó con rapidez. Chuck dio un suspiro.

Le iba a ser muy difícil arreglar las cosas.

Vio al coronel Manners en la ventana. Lo estaba mirando a él. , Bien, había llegado la hora de enfrentarse con el asesino.

CAPÍTULO XII

—Chuck —dijo Joan Wendel corriendo a su encuentro.

—Hola, Joan.

La joven se detuvo ante él, anhelante.

—No le deseo a nadie lo que he pasado. Pensé que no lo volvería a ver con vida. Volví a subir a la empalizada.

—Le dije que no lo hiciese.

—Sí, ya lo sé. Pero tenía que subir para ver lo que pasaba. Lo perdí de vista. Eché de menos unos anteojos, pero no había nadie cerca para pedírselos.

Quedaron en silencio, mirándose.

Las aletas de la nariz de Joan, palpitaban. Sus oíos estaban radiantes. Chuck rompió el silencio.

—Tengo que ver al coronel. Hasta luego, Joan.

Siguió andando hacia el barracón donde se ubicaba la oficina de Manners.

Este seguía en la ventana y Chuck se dijo que habría presenciado su encuentro con la joven.

— ¿Da su permiso? —preguntó Connery llamando a la puerta de la oficina.

—Adelante —le contestó la voz ordenancista de Manners. Entró en la habitación.

Manners ya estaba sentado ante su mesa.

—Informe, Connery.

Chuck respiró profundamente.

A continuación hizo un relato de todo lo que le había acontecido desde que fue capturado por los guerreros de Cochise. No pasó por alto un solo detalle.

Pensó que el coronel Manners lo interrumpiría en cualquier momento. Pero eso no llegó a ocurrir.

El coronel se limitó a apoyarse en el respaldo del sillón y a levantar los ojos mirando un punto indeterminado del techo.

Pareció indiferente cuando Chuck le habló de la masacre d? Mangas Coloradas. Pero reaccionó cuando se refirió al soldado del Fuerte Riley que había asesinado al teniente Evans.

Bajó los ojos, clavándolos en el rostro de Chuck. Este esperó que el coronel

pegase un puñetazo en la mesa y lo hiciese callar, y por ello hizo una pausa.

—Continúe —dijo el coronel, sin embargo.

Por fin, llegó a la última parte de su narración, aquella en la que se refería a las condiciones de Cochise para retirarse á México.

Chuck terminó y guardó silencio.

Manners estaba jugueteando con un lápiz. De pronto, se echó a reír.

—Cuando se lo cuente al general Conway le va a resultar divertido. Se lo aseguro, Connery. Un sucio jefe apache exigiendo una Corte Marcial a un coronel del Ejército de los Estados Unidos. Y no sólo eso, ordena una condena: la horca.

El coronel se levantó y se encaminó a la ventana. Miró hacia afuera, dando la espalda a Connery.

— ¿Qué opina, Connery?

—Creo que las cosas deben hacerse como pide Cochise, si él dice la verdad. El coronel giró bruscamente. Sus ojos llameaban.

— ¿Sugiere que me ahorque, señor Connery?

—Primero tendría que contestarme a una pregunta.

—Hágala.

— ¿Ocurrieron las cosas como Cochise dice? ¿Fue al Paso del Buitre con la idea de asesinar a Mangas Coloradas y a los apaches que lo acompañaban?

—Sí, señor Connery.

—Entonces, le sugiero que haga una declaración en toda regla firmada por usted. Yo actuaré como testigo y, dado que el militar de inferior graduación a usted es el capitán Gaynor, imagino que también deberá firmar él para dar autenticidad a su confesión.

— ¿Qué más, señor Connery?

—Se celebrará una corte marcial contra usted ***y*** los hombres que lo secundaron.

—Y luego la horca, ¿eh?

—Me temo que no queda otra solución. Después de todo, ustedes merecen ese final. En nuestro país se ejecuta a los asesinos.

—Connery, es usted el hombre más ingenuo del mundo. ¿Cree que realmente me considero culpable por haber quitado la vida a media docena de cochinos

desharrapados, hambrientos y piojosos apaches? ¿Es que todavía no se ha dado cuenta de que la vida de un blanco vale más que la de cien indios? Voy a suponer por un momento que me equivoqué y que usted tenía razón. No debí matar a Mangas Coloradas, pero lo que cuenta es la intención de un hombre. Usted sabe bien cuál era mi idea. Matando a Mangas Coloradas yo quedaba con las manos libres para poder ayudar al general Conway. Soy imparcial absolutamente. Me tienen sin cuidado los apaches, y todavía llegaré más lejos, confesaré mi aversión, mi odio contrasellos. Pero, en el caso concreto del Paso del Buitre, no jugaban para nada mis sentimientos personales. Llevé a cabo lo que ms, parecía > más útil a nuestro país, acabar con esta estúpida e inútil guerra apache, para dedicar nuestro esfuerzo a la guerra en la que se ventilan los destinos de nuestro país, la guerra contra los Estados Confederados. ¿Me ha oído, señor Connery?

—Sí, lo he escuchado perfectamente.

—Muy bien, las cosas salieron mal y mi plan se vino abajo. Usted acertó. Los apaches de Mangas Coloradas se unieron a los de Cochise, y ahora los tenemos ahí enfrente y amenazándonos... Pero sepa una cosa señor Connery. ¡Haremos tragar sus bravatas a Cochise! ¡Sí, juro que le haremos morder el polvo!

Los ojos del coronel relampaguearon, reflejando todo el odio que sentía por los apaches.

Chuck estaba en silencio, observando a aquel hombre. Ahora estaba dispuesto a apostar a que el coronel era un perturbado. ¿Cómo, si no, había sido capaz de asesinar a aquellos indios, y al teniente Ralph Evans?

—Señor Connery, usted y yo no hemos simpatizado nunca. Es la pura verdad y usted lo sabe. Pero ahora, nuestros intereses son comunes. Vamos a defender juntos una bandera que para los dos es sagrada. Por tanto, debemos dejar aparte nuestras cuestiones personales. Puede retirarse.

—Sí, señor —dijo Connery.

Dio media vuelta y salió del despacho.

El coronel permaneció un rato en silencio.

Poco después llamaron a la puerta y autorizó la entrada.

Era un soldado de mediana estatura, nariz un poco torcida y ojos pequeños.

—A sus órdenes, coronel. Ya estoy aquí como me ordenó.

—Burke, te voy a confiar un trabajo especial.

— ¿Otro, coronel?

—Sí. Eres mi hombre de confianza. El llamado, Burke se esponjó.

—Ya le dije que me bastaría una bala para cargarme al teniente Evans.

— ¡Cállate, Burke!

—Perdone, señor...

—Te dije que no mencionaras eso.

—Oh, sí, desde luego. No lo volveré a mencionar.

—El coronel estaba al corriente de los encuentros nocturnos entre Joan y Connery. Los había estado espiando.

De pronto, había comprendido que, si Joan no lo quería a él, era por culpa de Connery. Sí, ella se había enamorado de aquel explorador. Ya no podía tener ninguna duda.

Se había reído de sí mismo pensando en que él, Manners, había trabajado para Connery cuando ordenó la muerte del teniente. Sí, él había eliminado el obstáculo que se interponía entre la hermosa Joan y aquel repugnante explorador.

Y ahora, Connery demostraba que él había tenido razón con respecto a la muerte de Mangas Coloradas.

Odiaba a Connery tanto como a Cochise. Pero se libraría de los dos. Primero de uno y luego del otro.

Se dio cuenta de que Burke estaba allí, al otro lado de la mesa, esperando tieso. Entonces carraspeó y dijo:

—Burke, quiero que mates a Chuck Connery.

Burke parpadeó y de repente se echó a reír.

—Lo vi salir de aquí hace un rato. Pero también lo he visto con la chica que le gusta a usted.

— ¿Qué estás diciendo, Burke?

—Oh, perdón, coronel... No se preocupe. Se lo quitare de en medio.

—Ha de ser esta misma noche, Burke. ¿Lo entiendes? No quiero que Connery vuelva a ver la luz del sol.

—Descanse, coronel. Ese explorador se irá al otro mundo esta misma noche.

CAPÍTULO XIII

Connery subió a la torrecilla en donde se encontraba el capitán Gaynor, observando con los anteojos el campamento apache.

—No se preocupe, capitán... No van a atacar. Lo harán al amanecer. Pero se estarán quietos si nosotros hacemos justicia con los asesinos del Paso del Buitre.

Gaynor dejó sobre el pecho los anteojos que le colgaban del cuello y miró a Connery.

— ¿Hablaste al coronel?

—Sí.

— ¿Y no ordenó tu arresto?

—No, capitán. El sabe que dije la verdad. Llegó a admitirlo, aunque jamás lo hará ante otra persona. Terminó soltándome una arenga para despertar mi patriotismo.
Según él, vamos a enseñar a Cochise cómo se lucha y lo derrotaremos.

—No podremos —dijo el capitán con voz lúgubre.

—Capitán, tiene que tomar una grave decisión, si quiere evitar que este fuerte arda hasta los cimientos y que sobrevenga una masacre. Debe detener al coronel Manners y a los hombres que lo acompañaron al Paso del Buitre.

—Eres un tipo muy grande teniendo ideas, Connery. Me estás proponiendo un motín.

—No es eso. El coronel es un asesino. Hay que quitarle el mando y juzgarlo.

—Según los reglamentos, es un motín.

— ¿Es que se va a cruzar de brazos, capitán? ¿Prefiere ver morir a su mujer y a sus tres hijos?

— ¡No diga eso!

— ¿Por qué no, capitán? Usted mismo lo ha dicho antes. No podremos derrotar a Cochise. El va a ser el vencedor. No habrá supervivientes, capitán...

La cara de Gaynor reflejaba una gran duda, respiraba entrecortadamente.

—Connery, no puedo rebelarme contra mi coronel. No puedo detenerlo y someterlo a una Corte Marcial junto con los hombres que le ayudaron en el Paso del Buitre. ¡No puedo colgarlos!

—Yo le ayudaré.

— ¿A qué?

—Le ayudaré hasta el fin, capitán. Atraparé al sargento y a esos soldados. Les obligaré a cantar.

—Oh, sí, tú los obligarás a confesar por la fuerza.

—No hay otro remedio.

El capitán Gaynor negó enérgicamente con la cabeza.

— ¡No, Connery! Maldita sea. No voy a hacer tal cosa. ¿Lo oyes bien? Soy un soldado y debo cumplir los reglamentos. El coronel es nuestro jefe y estamos en un caso de emergencia, enfrentados a esa nube de apaches. Vamos a pelear, porque es la obligación de todo soldado. ¡Y si el destino quiere que haya llegado nuestra última hora, moriremos matando!

— ¿Y sus hijos? ¿Morirán también matando?

— ¡Cállate, Connery!

—Lo siento por usted, capitán. Ya veo que no tiene el valor necesario para asumir una gran responsabilidad.

—Connery, déjame en paz. ¿Lo oyes? ¡Quiero que me dejes en paz!

—Sí, capitán, ya lo oí. Connery bajó por la escalerilla. Nada había conseguido. Fuerte Riley estaba condenado a ser barrido del mapa. Sus habitantes serían pasados a cuchillo, mutilados, porque sabía, sin lugar a dudas, que los guerreros apaches no respetarían nada esta vez.

De pronto se encontró con la cara del sargento Hamilton.

—Hola, explorador. ¿Cómo le fue con sus amigos apaches?

Connery sintió deseos de incrustarle los nudillos en la cara. Pero quizá eso fuese lo que el sargento quería. Meterlo en el calabozo.

—Me dieron saludos para usted, Hamilton.

— ¿De veras?

—Sí, dijeron que están deseando que se la juegue usted otra vez, como en el Paso del Buitre.

Hamilton apretó los maxilares y sus ojos se agrandaron.

Pero Connery no le dio oportunidad para una respuesta, ya

que continuó su camino.

Entró en la cantina.

El viejo Jerry Arden estaba solo.

Jerry le puso un vaso delante sin que Chuck hubiese abierto la boca. Connery bebió el contenido de un solo trago.

— ¿Qué te pasa, muchacho? ¿Es que te quieres emborrachar?

—Calla y pon otro.

—Está bien, es tu dinero.

Chuck dejó una moneda sobre el mostrador.

El viejo se inclinó ligeramente, los codos apoyados en el tablero.

—Sé lo que pasa. Todo ocurrió tal como nosotros imaginamos. El coronel se cargó a Mangas Coloradas en el Paso del Buitre, y no hubo un ataque sorpresivo por parte de los indios. Fue el coronel quien quiso acabar con ellos.

—Sí, Jerry. Y también mandó matar al teniente Evans. Jerry encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Bien, siempre he dicho que un hombre enamorado es capaz de las mayores barbaridades, especialmente los tipos que se enamoran después de los cuarenta años.

—El coronel está loco, Jerry.

—A los locos los meten en la perrera.

—Ya se lo dije al capitán Gaynor, pero no quiere oír hablar de eso. Para él sería un motín.

—Eso quiere decir que estaremos listos para que nos pasen a cuchillo.

—Así es.

— ¿Y qué vas a hacer tú?

—Nada, ¿qué voy a hacer? Los ojos de Jerry brillaron.

—Oye, Chuck. ¿Por qué no lo arreglamos entre los dos?

— ¿Tú y yo solos?

—Estoy deseando volver a las andadas, pero hasta ahora no se me presentó una oportunidad. Espera, muchacho —Jerry desapareció en el interior de las habitaciones que utilizaba como vivienda.

Chuck movió la cabeza, tomó la botella y él mismo se escanció en el vaso.

Al cabo de unos minutos se descorrieron las cortinas y apareció Jerry vistiendo el uniforme de sargento.

Chuck se asombró porque el uniforme, aunque arrugado, no estaba falto de nada.

EÍ viejo Jerry sonrió complacido por la sorpresa que provocaba en Chuck.
—Bueno, conservé el uniforme porque pensé que algún día lo volvería a vestir, y creo que ha llegado ese día.
—Quítatelo.
—¿Eh?
—He dicho que te lo quites. Eres un paisano.
—Pero ahora el país me necesita.
—No, Jerry, no te necesita.
— ¿Es que vas a permitir que esos apaches no dejen aquí alguien para contarlo? Tú sabes bien que eso es lo que ocurrirá.
Chuck dio media vuelta y echó a andar rápidamente, sin contestar a Jerry. En su cerebro se confundían las ideas.
Ya fuera, respiró profundamente porque necesitaba aire vivificante para sus pulmones.
¿Qué hacía ahora?
Se encaminó hacia la parte trasera de la casa del capitán Gaynor. Llamó en la puerta de la cocina y le abrió Joan.
— ¿Está la señora Gaynor?
—Se fue al botiquín. Uno de los niños se hizo un pequeño corte en la pierna.
— ¿Tiene café, Joan?
—Sí. Pase.
Entró en la cocina y cerró la puerta.
La joven se puso a calentar café.
Connery lió un cigarrillo y lo encendió.
—Es grave la situación, ¿verdad, Chuck?
—Sí, muy grave. Los apaches atacarán mañana. Por eso he pensado que esta noche se podría intentar algo. Quiero decir que las mujeres y los niños podrían ser evacuados. Se lo propondré al coronel, pero, si se niega, tendré que hacerlo por mi cuenta.
—Oh, no, Chuck, usted no puede desobedecer al coronel. El

es el jefe y sabe mejor que nadie lo que hay que hacer.

—No, Joan, no lo sabe. El coronel no es una persona normal. Y él ha sido quien provocó esta situación.

—No lo entiendo.

—Ordenó fríamente la muerte de Mangas Coloradas y sus guerreros. Cometió un asesinato, Joan.

—Oh, no. Eso querría decir que Ralph lo secundó.

—Así fue.

—No tiene derecho a acusar a Ralph de esas muertes. No puede defenderse.

—Los otros autores del crimen están vivos.

— ¿Qué pruebas tiene?

—Lo admitió el propio coronel.

—No le creó una palabra.

—También ordenó la muerte de Ralph Evans.

La joven hizo un gesto de asombro.

—No, usted no puede hacer esta acusación.

—Lo mató porque deseaba casarse con usted. A su juicio, muerto Ralph, le sería fácil convertirla en su esposa.

—Márchese, Chuck.

Connery fue a replicar, pero guardó silencio y salió de la cocina.

*

*

*

El coronel Manners estudiaba minuciosamente la defensa del fuerte. Había hecho varios planes y constantemente daba órdenes a sus colaboradores para que todo estuviese dispuesto antes de que Cochise iniciase la ofensiva al amanecer.

El soldado que estaba fuera entró, después de llamar suavemente a la puerta.

—Mi coronel, la señorita Joan Wendel solicita ser recibida.

—Que pase.

El coronel se levantó y salió a su encuentro. —Creí que ya habría olvidado el camino de este despacho.

La joven esperó a que la puerta se hubiese cerrado.

—Coronel, es muy importante lo que quiero preguntarle, pero

le exijo que sea sincero conmigo.

—Desde luego —contestó el coronel, borrando la sonrisa de sus labios poco a poco—. ¿Qué es lo que quiere saber?

— ¿Ordenó usted matar a Ralph?

El coronel titubeó, pero tenía una gran capacidad para reaccionar. A ello debía la mayor parte de sus éxitos en su carrera militar. Muy pocos hombres de cuarenta y cinco años podían enorgullecerse de haber llegado a la graduación que él tenía. En todo el Ejército de la Unión sólo había tres hombres, que a su edad, ya eran coroneles. Y esperaba el ascenso a general dentro de muy poco. Quizá en tres o cuatro meses se produciría su nombramiento y, en tal caso, sería el general más joven de la Unión.

Pero ahora debía tener cuidado. Lo que había ocurrido en el Paso del Buitre sólo era cosa suya y de los hombres que habían participado en aquel hecho de armas. Porque eso había sido, un hecho de armas, glorioso, como tantos otros que figuraban en su hoja de servicios. Pero, naturalmente, dadas las circunstancias, debía cuidar su reputación.

—La comprendo a usted, Joan. Hay un canalla en este fuerte que se ha enamorado de usted y que la quiere a cualquier precio. Conozco su nombre: Chuck Connery. Es él quien le ha metido esas ideas...

El coronel sacudió la cabeza tristemente.

—Un hombre como yo está acostumbrado a sufrir ataques, pero me gusta que lo hagan de frente, cara a cara. No que se valgan de argumentos rastreros, de calumnias. Chuck Connery ha decidido clavarme el puñal entre los hombros. Es lo que está haciendo.

— ¿Por qué iba a hacer eso?

—Existen varias razones. La primera de ellas es que está de acuerdo con esos sucios apaches.

—Oh, no...

—Sí, señorita. Mal que nos pese, es la pura verdad. Chuck Connery es un hombre que vale mucho y me negué a aceptar nada que fuese contra su honor... Sin embargo, ahora, en el momento decisivo, Chuck Connery no puede disimular de qué parte está su corazón. Hasta cierto punto, es comprensible lo que le pasa. Es amigo de Cochise, han cazado y comido juntos. No me extrañaría que hubiesen hecho juramento como hermanos. Chuck Connery ha estado de parte de los apaches, aunque siempre se guardó de

disipar ese afecto. Pero ahora ya no puede enmascarar sus sentimientos. Ha llegado la decisiva hora del ataque final. O perece Cochise con sus apaches, o perecemos nosotros. Mañana se desarrollará una lucha a muerte, y Chuck Connery quiere estar con Cochise.

—Sería una traición que yo no quiero admitir.

—Le he hablado de varias razones, Joan. Le daré otra, que no tiene nada que ver con los apaches, sino con usted. Chuck Connery la quiere y él sabe a ciencia cierta que yo también la amo. Somos enemigos, rivales, **y** quiere eliminarme. Por ello ha inventado esa patraña, esa sucia mentira acerca de lo que ocurrió en el Paso del Buitre. Le repito que Ralph Evans murió como un héroe, alcanzado por una bala apache. Esa es la verdad. Mangas Coloradas y sus guerreros quisieron sorprendernos, pero nosotros estábamos preparados y supimos defender nuestras vidas. Murió Ralph Evans, como podía haber muerto yo o cualquier otro soldado de los que nos acompañaban. Fue la mano del destino la que escogió su víctima. Ahí lo tiene todo explicado, Joan.

La joven cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Coronel, Chuck Connery ha sugerido que sean evacuados las mujeres y los niños esta noche. El está dispuesto a acompañarnos.

—Esa sería una locura. Cochise no lo permitiría. Ustedes tendrían que ser acompañados por un fuerte contingente de soldados, y aun así, las probabilidades de escapar serían muy escasas. Por otro lado, se mermarían las fuerzas para resistir el ataque. Lo siento, pero esa idea es descabellada. Me alegro de que me haya informado de ello, porque demuestra que yo tengo razón. ¿Es que no se da cuenta? Chuck Connery le ha dicho a usted que él se prestaría voluntario para acompañarles. Sería una bonita forma para él de evitar la lucha y, de paso, se la llevaría a usted. Yo le diré lo que pasaría, Joan. Las otras mujeres y los niños serían pasados a cuchillo. Sólo usted y Connery quedarían vivos, porque los apaches los respetarían. Ahí tiene la prueba de que Connery es un traidor y un miserable.

Joan se apretó las sienes con las manos.

—Yo no puedo creer que Chuck sea eso.

—No puedo obligarle a que lo crea. Pero si es usted tan ciega

como para dudar de mi palabra, sólo está demostrando una cosa, que usted también está enamorada de
él.

—Oh, no.

— ¿De qué otra forma se explica su obstinación? La joven dio media vuelta y salió muy aprisa del despacho.

El coronel quedó inmóvil. Poco a poco, sus labios esbozaron una sonrisa. Estaba
ganando la partida. Se la ganaría a Cochise y también se la ganaría a Chuck Connery. Nadie podría con él. Y en cuanto a Joan, terminaría siendo la esposa de un general.

CAPÍTULO XÍV

Connery había subido a la torrecilla. Observaba el campamento apache, iluminado por grandes hogueras. Desde allí llegaba el ruido del tam-tam y la algarabía de las danzas rituales.

El pueblo apache se aprestaba para
combatir hasta la muerte. El centinela dijo:

—Creo que no podré pegar ojo en toda la noche.

—Será mejor que no lo intentes. Al coronel le sentaría muy mal saber que uno de los centinelas aprovecha sus horas de vigilancia para descabezar un sueño.

Bajó por la escalerilla y decidió ir a otra torre, en el extremo sur del fuerte.

— ¿Me da fuego, señor Connery?

La voz había partido de la derecha. Era aquel Burke, un soldado que no tenía amigos. Siempre estaba solo.

— ¿Qué haces por aquí, Burke?

—Estoy franco de servicio.

—Ya deberías estar durmiendo. Mañana será un día muy atareado para todos.

—Oh, sí, desde luego. Cuando fume este

cigarrillo me iré a la cama. Connery sacó su
caja de fósforos.

Fue cuando Burke exhibió su cuchillo y atacó a Chuck.

Connery bajó la mano rápidamente, porque en el último momento había visto brillar la hoja de acero.

Logró desviar la mano armada de Burke y el cuchillo le pasó por el costado, antes de que pudiese hundirse en su vientre.

Luego, aprovechó que Burke se vencía sobre él para conectarle un tremendo puñetazo en la mandíbula. Burke rodó por el suelo.

Fue a levantarse para atacar de nuevo con el cuchillo, pero Chuck le puso la bota en la muñeca y se agachó sobre él sujetándole por la camisa.

—Suelta eso, Burke.

Burke no le obedeció y entonces Chuck le
pegó en las narices. Burke lanzó un grito.

— ¿Quién te ordenó que me matases, Burke?

— ¡Váyase al infierno!

Connery le abofeteó en la boca y se apoderó del cuchillo del soldado. En una fracción de segundo, apoyó el extremo puntiagudo en el cuello de su víctima.

— ¿Qué va a hacer, señor Connery?

— ¿Tú qué prees?

—No puede matarme, cometería un asesinato.

— ¿Y qué ibas a hacer tú, Burke?

—Oí un ruido a su espalda y creí que era un apache que había saltado la empalizada y se disponía a matarlo. Sólo quise salvarle la vida.

Connery presionó el cuchillo sobre la garganta de Burke.

El soldado dio otro grito al sentir que la hoja de acero se le introducía en la carne. Por el cuello empezó a correrle la sangre. Pero Chuck sólo había apretado el
cuchillo para que profundizase un par de pulgadas.

— ¡No me mate, Connery!

— ¿Quién te ordenó matarme?

—El coronel.

—Tú mataste también al teniente Evans.

—No.

—Muy bien... Que te juzguen en el infierno.

—Espere... Sí, maté al teniente Evans. Me lo ordenó el coronel. No tuve más remedio que obedecer. Por lo tanto, no fue un asesinato. Yo sólo soy un soldado que

ha de obedecer órdenes.

—Tú eres un repugnante bicho, Burke. Pero quiero que repitas todo esto delante de otra persona.

— ¿Ante quién?

—El capitán Gaynor.

—No haga eso, señor Connery. Los dos iremos a hablar con el coronel y lo arreglaremos.

—Sí, Burke. Lo vamos a arreglar, pero no en la forma que tú crees. Levántate. Burke se puso en pie y Connery lo atrapó por el brazo. Ahora le aplicó el cuchillo a la espalda.

—Echa a andar hacia la casa del capitán.

Poco después, Chuck llegaba a su destino y llamó a la puerta. Le abrió el propio capitán.

— ¿Qué pasa, Connery? ¿Qué significa esto?

—El soldado Burke le va a contar algo. Estoy seguro de que le va a interesar.

—Pasen.

Entraron en la sala. Allí estaban la señora Gaynor y Joan. Connery hizo un saludo.

— ¿Quieren dejarnos solos? —sugirió el capitán. Las dos mujeres salieron de la habitación.

El capitán se puso delante del soldado.

—Hable, Burke.

El asesino se mojó los labios con la lengua.

—Le voy a contar, pero no es cosa mía... ¿Lo entiende, capitán? Aquí sólo hay un jefe y me refiero al coronel. Si él da una orden, yo tengo que obedecer. Sólo así puedo demostrar que soy un buen soldado.

—Déjese de rodeos y vaya al grano.

—El coronel me ordenó matar a Connery.

—Deja eso ahora, Burke —interrumpió Chuck—. Habla de lo que ocurrió en el Paso del Buitre.

—El coronel dijo que no confiaba en Ralph Evans. Que era un tipo vendido a los apaches. Que gracias a él. Mangas Coloradas y Cochise habían obtenido información durante los últimos años: Yo debería matarlo para acabar de una vez con el doble juego del teniente Evans. ¿Se da cuenta, capitán? Aquello formaba parte de

mis deberes militares, matar a un traidor. También dijo el coronel que Connery se pasaría mañana a los apaches. Si usted no está conforme con las órdenes que me dio el coronel, le repito que me limité a cumplir.

En aquel momento se abrió la puerta y aparecieron las dos mujeres.

—Lo siento —dijo Joan—. Nos quedamos a escuchar.

El capitán Gaynor se pasó una mano por la cara en un gesto de contrariedad. Joan se acercó a Connery.

—Perdóname, Chuck. Una voz interior me decía que debía creerte, pero me parecía tan absurdo lo que decías...

Chuck se dirigió a Gaynor.

— ¿Qué dice ahora, capitán?

Gaynor tardó muy poco tiempo en decidirse.

—De acuerdo. Pongámonos en marcha cuanto antes. Esta situación no se puede demorar.

CAPÍTULO XV

El coronel fumaba uno de sus gruesos cigarrillos.

Ya había organizado su plan de defensa. Había revisado bien los datos y estaba orgulloso de sus resultados.

Cochise no podría con el fuerte Riley. El jefe apache tendría allí su tumba.

La puerta se abrió bruscamente dando paso al capitán Gaynor y a Chuck Connery.

El coronel levantó los papeles que estaba estudiando una vez más.

—Capitán, no le pedí que viniera.

—No, señor. No me lo pidió. He venido por mi propia voluntad, lo mismo que Chuck Connery.

— ¿Y qué quieren, si puede saberse, capitán? Dígala antes de que yo le informe del castigo que le imponga por su indisciplina.

—Coronel Manners —dijo el capitán Gaynor con voz solemne —. En virtud del artículo 134 del Reglamente de Servicios del Ejército de Estados Unidos, lo relevo de su mando.

— ¿Qué dice? —preguntó el coronel—. ¿Es que está borracho, capitán?

—No, señor.

—Le recuerdo que el artículo 134 del Reglamento, que usted invoca, sólo establece el relevo de un jefe superior cuando éste dé señales de perturbación mental

—Sí, coronel.

— ¿Supone que yo soy un perturbado mental?

—Sí, mi coronel, y es lo mejor que puedo decir en su favor, dadas las circunstancias.

Los ojos del coronel se desviaron hacia el explorador.

—Es cosa suya, ¿eh, Connery? ¡Usted ha provocado todo esto porque me odia...!

—Mis sentimientos personales no cuentan, coronel... —respondió Chuck—. Se trata ahora de la seguridad del fuerte Riley.

El coronel se puso en pie de un salto y señaló con el brazo extendido a Chuck.

— ¡Capitán, le ordeno que detenga a este hombre bajo cargo de traición!

¡Prometo celebrar su Consejo de Guerra antes de media hora, señor Connery, y también le puedo jurar que acabará en la horca...! ¡Mañana será usted quien cuelgue de la empalizada de este fuerte, para que Cochise sepa lo que hacemos con sus espías!

¡Capitán Gaynor! ¿Qué está esperando? ¡Cumpla inmediatamente mis órdenes!

—Coronel, queda usted arrestado...

— ¡Capitán Gaynor! —exclamó el coronel golpeando la mesa —. ¡Me olvidaré de todo lo que ha dicho hasta ahora! ¿Lo oye bien? ¡Lo olvidaré todo a condición de que inmediatamente asuma sus responsabilidades!

—Ya las asumo, señor, y por ello, lo confinaré a usted. Los ojos de Manners eran dos ascuas.

—Capitán Gaynor, no sé si usted conoce verdaderamente el Reglamento.

—Lo conozco, señor.

—Se está amotinando.

—Perdone, señor, pero ya le he dicho que estoy aplicando el Reglamento de Servicios.

— ¡Sólo está secundando a este traidor, a ese miserable que se ha vendido a los apaches!

—Coronel, me tendrá eme entregar su pistola.

—De modo que piensa llegar hasta el fin...

—Sí, coronel.

— ¿Qué va a hacer después de esto? ¿Va a formar una Corte Marcial?

—Sí, señor. Es justo lo que voy a hacer.

—Capitán, ¿qué es lo que le ha dicho ese hombre? ¿Es que no se da cuenta de que lo está engañando...? Chuck Connery está loco, ¿lo oye bien? ¡Está loco! ¡Por última vez, capitán! ¡Le pido que atienda únicamente mis órdenes! ¡Las de su coronel! ¡Las del jefe de fuerte Riley!

—Lo siento, señor, pero ya no me es posible obedecerle. No se encuentra usted en condiciones físicas y mentales, para seguir ostentando el mando.

—Capitán Gaynor, tiene usted mujer y tres hijos. Lo he respetado siempre —la voz de Manners sonaba ahora sin estridencias—. Usted debe saber que su ascenso es inmediato, pero si continúa por el camino que ha iniciado, no sólo perderá el ascenso, sino algo más importante: la vida. Tarde o temprano será sometido a juicio y nada ni nadie le librará del castigo que merece.

—Estoy dispuesto a hacer frente a cualquier consecuencia que se derive de mis actos, coronel.

Hubo un silencio, tan sólo interrumpido por la respiración jadeante de Manners.

—Capitán, imagino que si Chuck Connery ha hecho alguna acusación contra mí, es porque cree tener pruebas.

—Las tiene.

— ¿Cuáles son esas pruebas?

—Las sabrá durante su Corte Marcial.

— ¡Quiero saberlas ahora!

—Está bien, coronel. Me referiré a una de ellas. El testimonio del soldado Burke.

— ¿Qué?

—El soldado Burke Marlowe confesó el crimen que usted cometió en el Paso del Buitre. Usted y sus hombres asesinaron a sangre fría a Mangas Coloradas y a otros cinco apaches.

Manners cabeceó sonriente.

—Conque sólo es eso, ¿eh...? Sepa una cosa, capitán, yo sabía sin duda alguna que Mangas Coloradas se disponía a

matarnos y no hice más que aplicar sus propias medidas.

—También confesó el asesinato del teniente Evans.

—Es cierto. Ordené su muerte porque era un espía de Cochise.

—Imagino que lo era, como Connery.

—Sí, capitán, efectivamente. El teniente Evans y el explorador Connery estaban de acuerdo para vendernos a Cochise.

—Coronel, es usted muy astuto, pero no le va á valer de nada. Ha cometido demasiados errores. Sus crímenes han puesto en peligro la vida de los soldados. Y, sobre todo, en sus torpes actos, sólo ha hecho que condenar a una muerte horrible a las mujeres **y** a los niños de fuerte Riley.

Los ojos de Manners se convirtieron en grietas.

—Así que debo considerarme prisionero...

—Sí, coronel...

En aquel momento se abrió la puerta de golpe y una voz, la del sargento Hamilton, tronó:

— ¡Capitán Gaynor, señor Connery, mantengan las manos alejadas de las armas! Junto con el sargento Hamilton, habían entrado los soldados Brook y Berton... Los tres empuñaban rifles.

CAPÍTULO XVI

El coronel Manners sonrió triunfalmente.

—Sargento, soldados, si estos dos hombres se mueven, mátenlos.

Pero el capitán Gaynor y Chuck Connery mantuvieron las manos alejadas de las armas.

El sargento pasó junto al coronel, apuntando con s u rifle al explorador.

—Los vimos entrar y me imaginé lo que se proponían.

—Sí, sargento —asintió Manners—. Estuvo usted muy acertado. El capitán Gaynor y el señor Connery pretendían someternos al fallo de una Corte Marcial. Creo que se ha producido en sus mentes lo que en términos médicos se llama «fatiga de guerra».

—Sargento Hamilton —dijo el capitán Gaynor—. El coronel no se encuentra en condiciones de defender este fuerte. Está completamente loco. Como inmediato superior del coronel, voy a asumir el mando y mis primeras órdenes son las siguientes: ¡Bajen las armas!

El sargento sonrió, enseñando sus dientes amarillos.

— ¿Qué más, capitán? Connery habló.

—Es inútil que continúe, capitán. Estos hombres son tan culpables del asesinato como el coronel y tienen que estar a su lado, porque en ello les va la cabeza. Se reirán de usted y de sus órdenes.

El coronel Manners sonrió.

—Vaya, es usted muy rápido en comprender.

—No se va a salir con la suya, coronel. Recibirá el castigo que se merece.

—Sólo falta que añada usted que verá mi castigo señor Connery.

—No, ya sé que no lo veré. Ustedes nos van a matar.

—Sí, señor Connery. Voy a acabar con usted **y** con el capitán, porque tengo una razón muy poderosa para hacerlo. Ustedes dos se han amotinado, han pretendido usurpar mi cargo para rendirse a Cochise. Eso significa una doble traición. El Ejército de Estados Unidos nunca ha tenido bajo su bandera a gentuza como ustedes. Han acertado en una cosa, en que aquí se va a celebrar una Corte Marcial. ¡Pero ustedes van a ser los reos! Sargento, llévenselos a los calabozos y prepárenlo todo para que el Tribunal celebre su sesión antes de media hora.

—Sí, mi coronel.

—Desarmen a estos hombres. No quiero correr ningún riesgo.

El sargento hizo una señal a los soldados Berton y Brook y éstos despojaron a los prisioneros del revólver.

*

*

*

Joan entró precipitadamente en el despacho del coronel.

— ¿Qué ha pasado, señor Manners? ¿Por qué ha detenido al capitán Gaynor y a
Chuck Connery?

—Por el más grave delito. El de alta traición.

—Según ellos, fue usted quien lo cometió.

— ¿De veras...?

—Usted asesinó a Mangas Coloradas y a sus apaches, y también ordenó La muerte de mi prometido Ralph Evans.

—Señorita Wendel, ¿significa eso que está usted de acuerdo con los amotinados? Joan levantó la barbilla.

—Sí, coronel. Pienso lo mismo que ellos, que usted cometió esos crímenes.

Hubo una pausa. El coronel se levantó de detrás de su mesa y caminó hacia la joven, deteniéndose muy cerca.

—Joan, todo cuanto hice fue aconsejado por mi sentido común.

— ¿También le aconsejó su sentido común matar a Ralph?

—Sí. El no merecía una mujer como usted. Era un ser vulgar, un hombre apocado, un tipo sin imaginación. Lo observé bien mientras estuvo bajo mis órdenes.
Nunca habría dado días de gloria al Ejército.

—Ahora sé que está usted loco, coronel.

—No te consiento que digas eso... ¡A ti no!

Manners atrapó a la joven por el brazo y tiró de ella violentamente.

—Suélteme, coronel, me hace daño.

El coronel la estrechó con más fuerza buscando con su boca los deseados labios de la joven.

—Coronel...

—Te quiero, continúo soñando contigo. No puedes rechazarme, Joan. Juntos llegaremos a lo más alto. Muy pronto me ascenderán a general. Si no te gusta la vida en la frontera, iremos a Washington. Tendrás todo cuanto hayas podido desear. Serás respetada, halagada y temida. Algún día llegaré a estar al frente del Departamento del
.Ejército, y quién sabe si no me sentaré en el sillón de la Casa Blanca. Si tú me ayudas, nada habrá bastante que yo te pueda ofrecer.

La besó en el cuello, mientras Joan seguía forcejeando.

—Joan. Te necesito.

—Me da usted asco, coronel. Es un enfermo mental, y necesita cuanto antes cuidados médicos.

—Sólo me puedes querer a mí. Soy el único hombre a quien tú debes aspirar.

—Quiero a Chuck Connery.

Aquella declaración produjo en Manners el efecto de un puñetazo. Dejó libre a Joan, alejándose un paso de ella.

—No me equivoqué. Lo supuse, te has enamorado de él.

—Sí, señor Manners. Me enamoré de él porque es un hombre valiente, sincero, comprensivo. Cualidades que usted no posee.

El coronel hizo rechinar sus dientes. Ahora sus ojos parecían los de un loco.

—Me alegra mucho que me digas eso, Joan. Tú quieres a Connery. Muy bien, lo vas a tener. ¡Muerto!

—Deje ya de cometer crímenes, coronel.

—Seguiré matando mientras lo exija la seguridad del país.

— ¿Por qué invoca usted constantemente al país, cuando sólo trata de satisfacer sus apetitos personales...? Lo acaba de confesar. Pretende ser general, más tarde ostentar la representación del Departamento de Defensa. ¡Y quién sabe si la Presidencia! Me quiere a mí por esposa, y como yo tenía un prometido, no vacilo en matarlo. Sus apetitos personales son los que le has impulsado a darse un baño en sangre. No traicione la bandera que juró defender diciéndome que por ella realiza sus asesinatos.

— ¡Ya basta!

—Coronel, vuelva a su acuerdo. Ordene que el capitán Gaynor y Chuck Connery sean puestos en libertad. Renuncie al mando. Usted es un enfermo. No pueden ahorcarlo. Estoy segura de que el capitán Gaynor lo confinará a usted. Sólo será tratado como lo que es, un enfermo.

— ¡Fuera!

La joven titubeó unos instantes, pero, por último, dio media vuelta y salió del despacho de Manners.

CAPÍTULO XVII

El centinela recibió un golpe en la cabeza y se desplomó.

El viejo Jerry Arden, con su uniforme de sargento del Ejército, dio un suspiro mientras cogía el llavero.

—Lo siento, muchacho, pero te falta mucho que aprender. Abrió la puerta del calabozo y pasó al interior.

— A sus órdenes, capitán Gaynor. Se presenta el sargento Jerry Arden, para recibir órdenes.

Gaynor y Connery ya habían saltado del jergón.

—Jerry —dijo Chuck—, este acto tuyo te va a ser el más glorioso de tu carrera militar.

—Pero si sólo tengo un uniforme de pega...

—Sargento Arden —dijo el capitán Gaynor—. Desde este momento está usted en servicio, con todas las responsabilidades de su graduación.

El viejo Arden, resplandeciente de orgullo, se llevó una mano al quepis, haciendo un saludo.

—A la orden, capitán Gaynor.

Connery ya había abierto la puerta y arrastró al centinela al interior, apoderándose de su rifle.

Jerry entregó un revólver al capitán, reservándose otro.

—Bien, muchachos —dijo Gaynor—. Ahora vamos a hacer la última visita al coronel.

Se deslizaron por entre las sombras de la noche hacia el pabellón donde el coronel tenía sus oficinas.

Había un centinela a la puerta. Chuck le apoyó el cañón del rifle en la espalda. Era el soldado Pendelton. Connery le conocía muy bien. Era una buena persona.

—Sentí mucho que los encerrasen —dijo—. Pero, ¿qué van a hacer ahora?

—Soldado Pendelton —repuso el capitán Gaynor—. He confiado siempre en usted.

—Sí, señor.

—Ahora debe seguir mis instrucciones.

—Estoy dispuesto, señor.

—Quédese aquí, como si nada hubiera ocurrido, mientras nosotros pasamos a hablar con el coronel.

—Sí, señor.

—No deje entrar a nadie.

—Disculpe, capitán, pero el coronel no está solo.

— ¿Quién está con él?

—El sargento Hamilton y los soldados Berton y Brook. Según he oído decir al coronel, está preparando la Corte Marcial que juzgará a ustedes.

—Se va a celebrar la de ellos. Vamos, muchachos.

Chuck abrió violentamente la puerta del despacho del coronel.

— ¡Saquen las armas...! —gritó el coronel, y dando ejemplo, exhibió su revólver.

— ¡No se defienda! —dijo Chuck.

Pero Manners ya tenía el dedo en el gatillo.

Chuck hizo fuego.

El coronel Manners recibió el impacto en el pecho, golpeó contra el sillón y cayó al suelo.

El soldado Berton quiso disparar. El capitán Gaynor se le adelantó.

El soldado lanzó un aullido porque mía bala le había seccionado la yugular.

El sargento Hamilton y el soldado Brook levantaron los brazos, entregándose. Chuck dio vuelta a la mesa y se detuvo ante Manners, el cual todavía vivía.

—Connery, usted ganó la partida. Le odio con todas mis fuerzas. Sí, le odio tanto como a ese sucio Cochise. ¡Espero que alguien los maride a ustedes dos al infierno!

Luego de decir eso, el coronel Manners exhaló el aire de sus pulmones y murió.

*

*

*

Estaba amaneciendo.

Las puertas del fuerte fueron abiertas.

El capitán Gaynor y Chuck Connery, montando a caballo. Cada uno de ellos llevaba otro corcel de las bridas, sobre el que descansaba un cadáver.

Cochise, con doce de sus guerreros, se acercaba a ellos. El capitán y Chuck detuvieron sus cabalgaduras.

Cochise también se detuvo y miró los dos cuerpos que colgaban de una de las torrecillas del fuerte.

—Sólo veo dos hombres, Connery.

—Son los dos que sometimos a la Corte Marcial. Se les condenó a morir en la horca, y ahí están. Otros dos hombres que participaron en aquel asesinato ya habían muerto antes de que tú llegases. El explorador Sullivan y el teniente Ralph Evans. El explorador fue muerto por los guerreros de Mangas Coloradas y en cuanto al teniente Evans, ya conoces su fin. Al coronel Manners y al soldado Berton no pudimos ahorcarlos porque no es nuestra costumbre ahorcar los cadáveres. Pero ahí los tienes, puedes verlos.

Cochise movió las bridas de su cabalgadura.

Pasó junto a Connery y se detuvo ante el cuerpo del coronel Manners. Observó a éste y se volvió sin prestar atención al otro soldado.

Cuando volvió a ocupar el sitio de antes, dijo:

—Sí, Connery, todos han sufrido el castigo que merecían. Me alegra que seas un hombre de palabra. Si todos los hombres blancos fuesen como tú, el pueblo apache no estaría en camino de extinguirse. Nunca habríamos tenido que soportar tantas tragedias. Ahora nos vamos a México. Yo espero que vuestra guerra se resuelva a favor del bando que tú luchas, porque ahora no hace falta que me digas que es el que tiene razón. Volveremos algún día, y entonces, si tú y yo estamos vivos, podremos establecer un verdadero tratado de paz que sea respetado por todos. —Buena suerte, Cochise.

Cochise volvió grupas y, levantando una mano, dio una orden en su lengua. Inmediatamente, él y los apaches que lo acompañaban emprendieron una galopada.

El capitán Gaynor y Chuck Connery los vieron alejarse, y el primero dijo:

—Volvamos al fuerte, Connery. He de informar al general Conway.

*

*

*

El general Conway abrió una investigación sobre los hechos acontecidos en fuerte Riley. En ella jugó un papel importante el testimonio del soldado Burke, que no sólo había sido un testigo de excepción de la masacre del Paso del Buitre, sino la mano ejecutora de la muerte del teniente Ralph Evans.

El capitán Gaynor y el explorador del Ejército Chuck Connery fueron exonerados de toda culpa. Más aún, se les felicitó oficialmente, siendo citados en la orden del día por el acuerdo verbal a que habían llegado con Cochise.

El general Conway no pudo volcar sus electivos sobre las dos columnas confederadas que habían invadido Texas. Derrotó a la primera en Arroyo Seco y luego se resolvió contra la segunda. Pero esos confederados no presentaron batalla y se retiraron hacia Louisiana.

En tal hecho de armas tomaron parte el capitán Gaynor, el explorador Chuck Connery y el sargento de la Reserva, Jerry Arden.

Desaparecido el peligro de los Confederados, Gaynor Connery y Arden, regresaron a fuerte Riley.

Y allí, el día 9 de diciembre de 1862, celebraron su matrimonio Chuck Connery y Joan Wendel.

F

I

N





EDITORIAL BRUGUERA

Precio en España 60